



BUSCANDO

à Zaida

DM

DYLAN MARTINS

BUSCANDO  
à Zāidā

Buscando a Zaida.

Dylan Martins.

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Diciembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Capítulo 22**

**Epílogo**

# Prólogo



Tengo que hacerlo...

Aquella idea no se iba de mi cabeza, no había manera de pensar en otra cosa.

Desde que conocí a Zaida, se había convertido en una obsesión encontrar a esa mujer. Mi gran problema es que apenas sabía nada de ella, solo tres cosas: era marroquí, vivía en Marrakech, y su padre tenía una tienda en el Zoco de esa ciudad.

Con tan pocos datos, era como encontrar una aguja en un pajar.

Me llamo Sergio y trabajo desde hace cinco años, como médico en un hospital de Sevilla. Tenía treinta años cuando, por fin, conseguí la plaza que tanto ansiaba. Nunca antes me había fijado en una paciente, era muy recto en mi trabajo. Los pacientes eran para mí, personas a las que tenía que atender y ayudar, nunca se me habría ocurrido mirar a una de ellas, más allá de mi labor como médico. Era un profesional.

Pero con Zaida, no pude evitarlo.

Ella llegó a urgencias una noche con una dolencia y me tocó atenderla, cuando nuestras miradas se encontraron, sentí como si algo me golpeará en el estómago, dejándome sin aire. Jamás había sentido algo así con nadie. Tenía que ser producto del cansancio, es lo que pensé en un primer momento, una sutil forma de negarme a mí mismo, que una paciente podía interesarme de otra manera que no fuera médico/paciente.

Pero su mirada tenía algo especial...

Esos tímidos y preciosos ojos verdes, me habían dejado sin respiración. Llevaba sobre su cabeza un velo, que caía tapando su pelo. Lo tenía puesto de manera menos tradicional, era algo más moderna en ese tema y por ello, pude ver su precioso pelo negro, así como su hermoso rostro.

Iba con unos jeans, botas altas, una camisa blanca algo ancha con un cinturón puesto que definía mejor su perfecta figura. Se veía que tenía buen gusto.

Tras salir de mi embotamiento y preguntarle sus síntomas, tuve claro que sufría un cólico nefrítico. Un gotero con suero, calmantes y a esperar que el dolor remitiera, aunque no conseguiría aliviarla del dolor rápidamente. Llevaría algo de tiempo, el mismo que la tuve en la sala de tratamientos.

Seguí con mi guardia y volví a verla, cuando calculé que casi habría desaparecido el dolor.

—¿Qué tal te encuentras? —Me acerqué a ella y sonreí.

—Estoy mejor, shukram —tenía un acento que me encantaba, esa mezcla de castellano y árabe me dejaba más hipnotizado aún, si es que era posible.

Eso, junto a su timidez, era como un imán para mí. Apenas podía mantenerme la mirada, llegó

a ruborizarse cuando mi sonrisa se ensanchó. Era realmente preciosa y se veía tan delicada... En ese momento solo tenía ganas de abrazarla, me quedé paralizado por lo que aquella mujer provocaba en mí, algo que no había conseguido nadie.

Me había dedicado toda la vida a prepararme para mi trabajo. Estudiar y estudiar, guardias, cursos, todo para llegar donde estaba. Las mujeres eran algo pasajero, relaciones fugaces que nunca, llegaban más allá, nada serio con ninguna.

Nunca había deseado eso. Parecía ser que las cosas iban a cambiar...

La tuve algunas horas más en observación, ignorando las prisas de su padre por sacarla de allí. Según me dijo, al día siguiente tenían que volver a Marruecos, solo estaban allí por una visita familiar. Entendía que quisiera marcharse, pero no le daría el alta hasta verla completamente recuperada.

Al final tuve que hacerlo y despedirme de ella, sabiendo que, seguramente, no volvería a verla más en la vida.

Pensé que todo cambiaría, que una vez descansara de aquella guardia, ella desaparecería de mi mente, pero no fue así... Desde que Zaida apareció en mi vida, ya no pude quitármela de la mente, pensaba en ella a todas horas, se había convertido en una obsesión.

No podía olvidar esos ojos.

Y, aunque fuera una locura, tenía que encontrarla...

# Capítulo 1



Era mi mes de verano de vacaciones y había decidido hacer una locura, irme a Marrakech...

Ahí estaba, en aquel avión a punto de aterrizar en esa ciudad imperial del Reino de Marruecos, donde nunca había estado.

Sabía que había muy pocas probabilidades de volver a ver a Zaida, pero algo me arrastró a embarcarme en ese viaje que me llevaría a intentar dar con ella.

El aeropuerto se veía limpio, nuevo, no estaba nada abarrotado, así que recogí mi maleta y pasé por inmigración sin tardar mucho.

Me subí en un taxi y le di la dirección de donde me tenía que dejar, un hotel en plena plaza de Jamaa el Fna.

El taxista se llamaba Rachid, era simpático, hablaba un perfecto español y comenzó a contarme un poco de las cosas del lugar, era muy bromista, le pedí encarecidamente que no corriera tanto, pero aquello era un rally de vehículos que se abrían hueco por todos lados.

Cuanto más nos adentrábamos en la ciudad, más me daba cuenta de lo caótica que era, a la vez que bella, pero me estaba tomando mi tiempo para asimilar todo aquello.

Yo lo que veía eran motos y coches por todos lados, pitidos, gente cruzando por todas partes, todo aquello me impresionaba mucho.

Llegamos a la Riad que había reservado, un pequeño hotel con seis o siete habitaciones, una antigua casa restaurada con esos servicios, preciosa, en el centro un patio con una fuente muy bonita, aquello era, relajante.

Miré por la ventana de la habitación la plaza por la que había entrado, amplia, sin nada más que personas atravesándola, pero sabía que en un par de horas aquello cambiaría. Había leído que, por la noche, se transformaba y cobraba vida, pero no hasta el punto que pude vivirlo en primera persona.

Aquello estaba fuera del bullicio, coloqué las cosas en la habitación, me di una ducha y subí a la terraza del Riad, donde me tomé un té mirando a la plaza.

El té estaba delicioso, te dejaba un buen sabor en la boca, al menos a mí me sorprendió gratamente, era el mejor té que había probado en mi vida.

Comenzaba a atardecer, desde ahí estaba contemplando ese cambio que había leído sobre la plaza, se empezaban a montar cientos de puestos de comida, uno junto a otro todo perfectamente colocado, la plaza se estaba llenando de cientos de personas y desde ahí, podía ver los puestos de zumos, caracoles, pinchitos, artesanía y todo lo inimaginable.

La transformación entre el día y la noche en esa plaza se quedaría grabada en mis retinas para siempre, era impresionante lo que acababa de vivir en tan poco tiempo.

Bajé para meterme en ese enredado mundo de la noche de Marrakech...

—¿Vas a pasear? —preguntó Said sonriente, el chico de la Riad.

—Sí —le devolví la sonrisa—, creo que es hora de que tenga un primer contacto con la ciudad.

—El momento perfecto para ver la ciudad en todo su esplendor —dijo amablemente.

—Eso parece, es impresionante el cambio que da la plaza en tan poco tiempo, ni una hora —levanté las manos asombrado y luego me crucé de brazos acariciando mi barbilla.

—Creo que te va a impresionar todo mucho sí es la primera vez vienes.

—Lo es, nunca he estado en este país.

—Pues ya lo estás. Aunque vienes por poco tiempo, vi que son tres días.

—No, reservé ese tiempo por si quería volver antes, pero no tengo prisa, tengo por delante un mes de vacaciones.

—Entonces creo que gastarás hasta el último minuto de ellas.

—Pues no estaría mal —sonreí.

—Si necesitas alargar la estancia, eres bienvenido.

—Muchas gracias.

Salí del Riad, el barullo ante mí de forma inminente, el ruido, los músicos en la calle amenizando la velada, aquello era simplemente impactante, como aquel olor que se te metía por los sentidos, mezcla de aquellas especias expuestas por mucho de los puestos que daban vida a aquella plaza.

Desde que llegué había percibido el exotismo de aquel lugar, tenía una mezcla impresionante y eso me llamaba mucho la atención.

Había muchos turistas en la plaza, además de las gentes del lugar paseando y cenando.

Me paré ante un puesto de caracoles, te lo servían en un cuenco que tomabas ahí, de pie sobre el mostrador cuadrado que rodeaba el puesto.

Miraba hacia todas partes por si veía a Zaida, pero era imposible y menos a esa hora, donde toda la ciudad parecía que se echaba a la calle.

Me pedí un cuenco y los probé, desde el primer contacto del líquido en mis dedos al llevarme el caracol a la boca, sentí aquel mágico sabor, no pude parar de comerlos, es más, repetí.

Aquello era una maravilla para los ojos, cualquier puesto estaba colocado de forma minuciosa, espectacular, la fruta, las aceitunas, los frutos secos, especias, pinchitos... Cada puesto era una maravilla, como un museo, me impresionaba todo mucho.

Probé unos pinchitos de Kefta que fue otro gran descubrimiento, aquello me hacía presagiar que iba a disfrutar esos días de una gastronomía que se convertiría en una de mis favoritas.

Aquello era un espectáculo de olor, sabor, música, bullicio, todo concentrado en aquella maravillosa plaza que era el centro de reunión nocturno de la gente de la ciudad y el turismo.

Me fui para la Riad pronto, estaba cansado del día, del viaje, necesitaba descansar y, por la mañana, en la tranquilidad de la ciudad, adentrarme en la medina para ver si con un golpe de suerte daba con la tienda de su padre o me la encontraba a ella, pero viendo lo visto, iba a ser misión imposible y eso me entristeció un poco.

## Capítulo 2



Mi primer amanecer en la ciudad y allí estaba, desayunando en aquella preciosa terraza que ahora miraba a una plaza vacía, amplia, sin el espectáculo que asomaba al atardecer, ese contraste era la magia de aquel lugar, sin duda.

El desayuno iba incluido con la habitación, lo que no me imaginaba es que fuera tan succulento.

Zumo, café, té, pan, crepes, mermeladas y mantequillas; crema de avellana para las crepes, bollería...

No me lo podía creer lo que tenía ante mí, además muy bien preparado todo, entraba por la vista y sabía que iba a morir comiendo en aquella mesa, mientras miraba la plaza y veía a un puñado de turistas dispersos por allí.

Estuve como una hora en aquella mesa disfrutando plácidamente del desayuno, cogería fuerzas para adentrarme en aquella medina que ya tenía constancia que haría que me perdiera entre sus callejuelas.

Yo sabía que, en Marrakech, había muchísimos zocos extendiéndose desde la plaza, hasta la Madrasa de Ben Youssef. Al final me hacía experto en la ciudad, ya que, me había leído varias guías antes de ir.

De mi cabeza no podía quitarme la idea de que, por un milagro de la vida, un solo milagro, podría coincidir de nuevo con aquellos ojos verdes que me habían traído a la ciudad, lo único que sabía por un comentario que hizo en el hospital, es que estaba soltera, eso ya era un punto a mi favor, de lo contrario ni hubiera intentado volver a coincidir, primero por mis principios y luego por su cultura, eso sería impensable.

Charlé un poco con Said de nuevo y me fui a perderme por aquellos lugares, aún no había dado ni tres pasos cuando se me acercó un hombre de unos cincuenta años, muy educado, con una chilaba blanca y una identificación colgando de una cinta de su cuello, donde certificaba que era guía oficial, como muchos tantos de los que me tenía que encontrar, pues ya estaba advertido sobre ello por las guías.

—Me llamo Mohamed —extendió su mano amigablemente con una sonrisa.

—Hola, Sergio, soy Sergio —sonreí apretando su mano.

—Puedo hacerle una visita a su ritmo, tranquilamente, explicándole un poco de los zocos y la importancia de ellos.

—Pues no es mala idea para mi primer día y contacto con la medina —sonreí —¿Cuál es el precio? —pregunté sabiendo que era lo primero que había que hacer para dejarlo cerrado.

—Tres horas, cien Dirhams —al cambio eran diez euros, había que quitar un cero a su moneda y era el resultado del nuestro, más o menos redondeando—, luego me puedo quedar más si quieres y me das lo que estimes oportuno —su perfecto español como con todos los que había hablado hasta ahora, me impresionaba.

—Pues vamos, no me vendrá mal un poco de compañía —dije sonriente, mientras comenzábamos a caminar por la plaza para adentrarnos en aquel zoco.

—De todas maneras, ir conmigo te relajará más si es el primer día, ya sabes, muy buena gente aquí, pero querrán ofrecerte muchas cosas y te pueden llegar a agobiar.

—Entiendo...

—¿Llegaste hoy?

—No, ayer por la tarde, anoche estuve en la plaza, desde la Riad, pude ver la transformación, es impresionante.

—Lo es —sonreía—. Es una cosa que a todo el mundo emociona y llama la atención, es un recuerdo que se llevan para toda la vida de aquí, algo que dice que no se quita de la cabeza.

—Eso pensé yo...

—¿Vienes a hacer un tour por el país o, vienes sólo unos días a la ciudad?

—Acabas de hacer la pregunta del millón —solté una suave carcajada—. Vine a buscar a alguien...

—¿En serio? —Me miró impresionado.

—Y tan en serio —volteé los ojos mientras caminaba por esa estrecha calle.

—¿Tienes la dirección? ¿Te puedo ayudar?

—Si tuviera la dirección era el hombre más feliz de este planeta —reí.

—Es una mujer ¿verdad?

—Sí.

—Lo sabía —sonrió —¿Tienes algún dato?

—Su nombre, que el padre tiene una tienda en uno de los tantos zocos que hay —dije con ironía, causándole una sonrisa —y que ella se llama Zaida, una preciosa joven de veinticinco años con ojos verdes. Viste occidental, pero usa un velo.

—Bueno, no está mal, primero: yo conozco a todos los propietarios de cada una de todas las tiendas que hay en los zocos, llevo veinte años de guía.

—Algo es algo... —dije emocionado.

—Segundo, no me sé sus vidas familiares a la perfección, de algunos absolutamente nada, solo a ellos, aunque muchos tendrán hijas que oscilen esa edad, que sean preciosas, algunas con ojos verdes, pero te aseguro que te voy a ayudar. Solo una cosa, no estará casada ¿verdad? —Se puso la mano en el pecho.

—No —sonreí—, de lo contrario no estaría aquí.

—Bueno eso está bien, luego ya veremos el problema de que sus padres la dejen verse contigo en algún momento, pero si me dices que ella viste occidental, no tienen la mente muy cerrada, cosa que me alivia.

—A mí también —dije emocionado por esa revelación.

—Y ¿puedo preguntar como la conociste?

—En las urgencias de un hospital, le dio un cólico nefrítico en España, estaba unos días de vacaciones, volvían al día siguiente para Marrakech, así que la conocí esa noche.

—¿Y a ti que te paso para estar allí?

—Soy el médico que la atendió —reí y Mohamed soltó una carcajada.

—¿Y hablasteis de vuestras vidas?

—No —volví a reír—. Hablamos un lenguaje que muchos no saben que existen, pero es el que mejor se entiende... el de las miradas.

—Tienes mucha razón y es muy cierto eso que dices. Me caes bien, Sergio.

—Gracias —seguía sonriendo y lo mejor de todo era que él, a mí también me caía genial.

—Este lugar —se paró —es el Zoco Rahba Kedima —comenzó a explicarme mientras yo, miraba la pequeña plaza llena de productos de artesanía; cestas hechas de esparto, así como sombreros y él, señaló a una cafetería—. Es el café de las Especias, un lugar muy cuidado y bonito, donde puedes tomar un aperitivo en uno de los zocos más importantes.

—Estupendo —dije contento con esa explicación y comenzamos a caminar, no sin antes pedirle que me tirara una foto con el móvil.

—Pues volviendo al tema al que viniste, intentaré ayudarte, iré preguntando a cada uno de los fijos en la zona de cada zoco y veremos qué familia estuvo recientemente en España y tiene una hija de esa edad, características y nombre.

—Te lo agradeceré en el alma —respondí emocionado.

—No es nada, me gusta ayudar.

Miraba para todos lados, fantaseaba por ese maravilloso lugar tan llamativo, que me la encontraba a ella.

—Este zoco es el beréber —dijo mientras caminábamos—, aquí es donde vienen todas las alfombras que se hacen en cualquier punto y a lo largo del Atlas, se hacen subastas y todo, entre los comerciantes.

Explicaba muy bien las cosas, además, tenía un sentido del humor muy parecido a los andaluces y aquello me chocaba, pero me parecía fascinante y divertido. La verdad es que estaba viviendo un momento único en aquella ciudad, entre lo que veía, lo que me explicaba y su compañía, aquel viaje se estaba convirtiendo, aparte de una búsqueda, en un viaje que, pasara lo que pasara, quedaría como un maravilloso recuerdo.

—Y este es el zoco el Batna, el de las pieles de cordero, se venden listas para trabajarse, pero claro, esto es para sastres y costureras, ya que lo venden así pero no vale si no se trabaja.

—Entiendo... —dije observando todas las pieles que había en cada tienda de ese lugar, era todo un espectáculo para la vista y el olfato.

—Marruecos es esto, trabajo, vida, lugares con historia, personas dispuesta a ayudar, no es aquello que quieren transmitir al mundo, nosotros nos consideramos vuestros hermanos y os respetamos.

—Lo percibo, es algo curioso, pero tienes totalmente la razón, me fui dando cuenta conforme pisé el aeropuerto de Marrakech.

—Por eso dicen que una vez que pisas Marruecos, ya no te puedes quitar la idea de la cabeza de volver y la mayoría lo hace, vuelve.

—Invita a hacerlo, es desconexión, aunque parezca increíble por el bullicio de la ciudad, pero aquí desconectas, te transportas a otro mundo, te sientes bien. Este país tiene algo que atrae como un imán, como lo hizo ella —dije recordando a Zaida.

Llevábamos como una hora paseando y sentía que era eso, dejarte llevar, conversar, observar, recrearte con los colores, con la espontaneidad de las personas que te saludaban con esas sonrisas y las emociones que se sentían en mucho de los momentos.

Aquello era un laberinto digno de perderse en él y callejearlo, nada te sacaba del continuo asombro.

Mohamed era una compañía perfecta, con una educación y cultura impresionantes, le hablara de lo que le hablara, de cualquier parte del mundo él, interactuaba y se notaba que sabía lo que decía.

Pasé toda la mañana con él y a la hora de la comida me despedí, le pagué mucho más, pues se

lo había merecido, quedó en mantenerme informado de cualquier cosa que se enterara de ella, que por la mañana lo encontraría por la plaza y si tenía noticias me buscaría en la Riad.

Me senté a comer en uno de los restaurantes que había alrededor de la plaza, hacía calor, pero ese tenía la terraza en la plaza, en una esquina muy sombreada y perfecta.

Revisé bien la carta para comer algo que me sorprendiera, así que me pedí una Tajin de ternera con ciruelas que, cuando llegó, sabía que aquello me iba a deleitar en sabor.

Ese plato era un espectáculo para el paladar, gemí de placer al sentirlo en mi boca, la cocina marroquí sabía que iba a dejarme maravillado con cada especialidad que probara.

No paraba de preguntarme donde estaría Zaida, qué estaría haciendo, como sería su vida tras las callejuelas de aquel Zoco, si tendría una vida fuera de aquella tradición que se escondía en aquella parte histórica de la ciudad.

La ciudad tenía magia, como ella, algo me decía que podía haber la posibilidad que, por un truco de esos, apareciera Zaida de la nada y nuestros ojos se volverían a encontrar.

Tras esa comida relajada donde pensaba, reflexionaba y observaba, me fui a descansar al Riad, el calor a esa hora tan señalada, no era de lo mejor para seguir paseando, así que preferí meterme a descansar un rato en esa habitación que no necesitaba aire acondicionado, esos muros mantenían una temperatura perfecta y agradable.

Todo mi pensamiento giraba en torno a ella, todo lo que rodeaba esa ciudad era su vida y yo me sentía uno más, era impresionante la acogida que había recibido en aquel lugar, era como si me hubiera absorbido.

Me quedé dormido, se estaba en una armonía increíble en aquella habitación, me levanté dos horas más tarde y subí a la terraza después de una buena ducha.

Me pedí un té a la menta, eso no podía faltar...

La ciudad con la caída del sol se comenzaba a transformar, me seguía impresionando verlo en directo, era como si te pusieran un video a cámara rápida y ver como montaban un impresionante mercado nocturno, en muy poco tiempo.

Aquello era un sin fin de personas andando por la plaza, donde la música de los grupos callejeros, amenizaba la noche.

Bajé y me perdí de nuevo por ella, estaba ansioso de volver a comer esos deliciosos caracoles con uno de los mejores caldos que había probado de mi vida.

En aquella plaza había muchos españoles, era increíble, además de todos los países del mundo, se veían incluso muchos asiáticos.

Después de los caracoles, me tomé un zumo de naranja natural, de esos había puestos por todos lados, además el sabor era impresionante.

Paseé bastante tiempo, recreando mi vista con tranquilidad sobre todo lo que allí se concentraba, había tanta vida, con un ambiente tan encantador, que me dejaba embelesado.

Esa noche me dormí pensando en ella, algo me decía que de aquí me iba a llevar el haber conocido un país que me había sorprendido gratamente y al que seguramente volvería para seguir descubriendo, pero que, lastimosamente, nuestras miradas no se volverían a encontrar...

## Capítulo 3



Subí a la terraza deseando volver a repetir ese succulento desayuno, estaba hambriento y con ganas de perderme por la ciudad, me asombré al ver a Mohamed allí sentando sonriente, levantando la mano.

—Buenos días —le di la mano sonriendo, con cara de sorprendido.

—Buenos días, amigo —extendió su mano para que me sentara con él.

—No te esperaba en el desayuno, aquí en la Riad.

—Bueno, espero haberte sorprendido para bien.

—Evidentemente, no lo dudes, me alegra compartir el desayuno contigo, está bien la soledad, pero hasta cierto punto —sonreí.

—Ya moví hilos para lo de Zaida, está difícil la cosa, aunque hay algunas posibilidades de que algunas parece ser que cumplen con la descripción, ahora investigaran si estuvo en España, recientemente.

—¡Wow!, me sorprende —dije sosteniendo el zumo y mirándolo alucinando.

—¿Te vas a quedar más días?

—Claro, no tengo prisa. Hace rato hablé con Said, el propietario del hotel y me dijo que los días que necesitara que, sin problemas, así que seguiré por ahora alojado aquí. No me espera nada mejor en España y aquí, aparte de la búsqueda de ella, hay mucho por descubrir.

—Said es muy buena persona y si puede hacer algo por ti, lo hará.

—Si, además me ha dejado las siguientes noches, a muy buen precio.

—Claro, pues me alegro mucho —dio un trago a su té.

—¿Como se te plantea el día hoy?

—Todo viene solo, no busco nada —sonrió.

—Eso significa que te quedas conmigo, tienes mucho aún que enseñarme.

—Claro —se preparaba una crepe con crema de avellana.

—Podemos salir de la zona histórica y enseñarte la forma de vida de la parte nueva de la ciudad.

—Pues mira, lo veo muy interesante. Lo malo es que, por ahí, no me la encontraré —sonreí.

—No busques nada, todo lo que sea para ti, llega solo, no se te olvide eso, además, déjalo un par de días más en mis manos.

—Por supuesto... —Esa reflexión había tocado mi fibra, ojalá fuera cierta.

Tras el desayuno cogimos un taxi y nos llevó a otra parte de la ciudad desconocida para mí, pero de lo más parecida a nuestra forma de vida.

Edificios modernos y lujosos, urbanizaciones, casas con jardines impresionantes, hoteles de lujos, parques...

Nos dejaron en Guéliz, la ciudad moderna, a una distancia de unos tres kilómetros de la

medina.

Paseamos por algunas de sus avenidas, esa mezcla de modernismo con su toque marroquí, la hacían de una belleza especial.

Me llamaba la atención las cafeterías tan cuidadas, la estética de los bancos, hoteles, era muy atractiva esa parte de la ciudad, donde incluso me compré un par de camisetas en una tienda de firma europea.

Comimos en un restaurante impresionante, donde nos pusieron unas tapas con cada uno de los productos estrellas de allí, me gustó la mezcla de sabores internacionales con su punto más marroquí.

—Te recomiendo que, si vas a estar muchos más días en Marruecos, conozcas otros lugares — dijo señalándome con el tenedor.

—No, por ahora no, ahora mismo quiero quedarme aquí, aparte de que me encanta esta ciudad, tengo la esperanza de encontrar a Zaida.

—Te comprendo —sonrió con un gesto gracioso.

Por la tarde regresamos y quedamos en volver a desayunar a la mañana siguiente.

Descansé un rato en la habitación para luego bajar a ese momento de la plaza que tanto me gustaba, no podía quitarme de la cabeza a Zaida, esa mujer que había dejado mi corazón palpitando el día en que la conocí.

La plaza había vuelto a cobrar vida, anduve por ella probando diferentes tipos de comidas que vendían en los puestos, como la sopa marroquí llamada “harira”.

Salí del bullicio y me senté en una terraza de la plaza, aunque estaba igual de aglomerada, al menos estando sentado, se veía desde otra perspectiva.

Veía pasar a las chicas, algunas con chilabas y velos, otras con ropa occidental, pero con velo y otras, sin embargo, ya modernizadas y vestidas completamente como cualquier europea, sin necesidad de usar nada que le cubriera la cabeza, era todo un contraste, pero como me había contado Mohamed, todo dependía del arraigo tradicional de la familia.

Esa noche en la cama sentía que corrían los días y seguía en el mismo punto desde que llegué, pero era tan difícil encontrar algo que me llevara hasta ella, que me estaba volviendo loco. Confiaba en que Mohamed, fuese capaz de resolver aquello.

¿Qué esperaba si la encontraba? Que se cruzaran de nuevo nuestras miradas y saber si aquello que sentí en el hospital, seguía siendo de la misma manera.

## Capítulo 4



Esa mañana desperté con una sensación rara, estaba nervioso, algo aturdido, había tenido una pesadilla, pero no recordaba de que se trataba, buena no tenía que ser.

Me duché y fui a desayunar, esta vez no estaba Mohamed, pero disfruté mucho del momento y, además, ya había cogido aire, me sentía más aliviado de ese malestar con el que me levanté.

De nuevo aquel maravilloso desayuno que tanto me gustaba, ese que me gustaría haber podido compartir con ella, en una charla maravillosa.

Mi adorada desconocida ¿qué estaría haciendo?

Salí a pasear y vi a Mohamed llegar de forma acelerada hacia mí.

—Sergio, perdón, me perdí el desayuno —dijo abrazándome.

—Sí quieres subimos y te lo tomas, no hay problema —sonreí.

—Te voy a enseñar una foto —tocó el móvil y puso la pantalla hacia mí —¿Es ella?

En ese momento mi cuerpo empezó a temblar, tuve la sensación de tener una bajada de tensión.

—Es ella... —dije mirándola, emocionado.

—¡Sí! —Hizo un gesto con sus brazos de fuerza y triunfo —vamos a tomar un café.

—Por supuesto —tienes que contármelo todo.

—Los días anteriores pasamos por delante de su tienda, increíble —negó con la cabeza—, bueno es de su tío, el señor que estuvo con ella en España, no era su padre.

—Me dijo...

—Claro, la criaron él y su mujer, sus padres murieron cuando ella tenía doce años, iban en un autobús que volvió por el Atlas.

—Vaya... —dije con tristeza, mientras me sentaba en la cafetería.

—Ella no está casada, vive con ellos, tiene una tienda de moda en la avenida de ahí atrás, de ropa moderna, nada tradicional, por lo visto le va muy bien.

—Me alegro mucho por ella —dije emocionado.

—Esta foto me la dio su primo, la cogió de su Facebook.

—La busqué en las redes por su nombre y nada, millones con ese nombre —reí.

—Pues pon el Facebook, que te digo como buscarla —saqué el móvil rápidamente.

Cogió mi móvil y la encontró al momento, me quedé prendado con su foto de perfil, con aquel vestido blanco y ese pañuelo rojo sobre la cabeza, al igual que sus labios.

—Es preciosa...

—Lo es, pues ya tienes la información, ahora te digo donde está la tienda de ropa, puedes entrar como si estuvieras buscando algo.

—Sí, una falda —reí bromeando.

—Un regalo para tu madre...

—Por ejemplo... —Le señalé con el dedo.

Estaba de lo más nervioso no me lo podía creer, tomamos el café y me acompañó caminando hasta aquella avenida que estaba pegada a la plaza, me señaló la tienda.

—Bueno, mi trabajo de inspector terminó —me dio un abrazo—. Espero verte estos días por aquí.

—Por supuesto, gracias por todo y permíteme regalarte esto —saqué cien euros de mi cartera y se los di.

—No es necesario —se puso la mano en el pecho—, lo hice por ayudarte, creo que estás en un terreno que no te pertenece y no te sabías manejar, es mi obligación como persona, ayudarte.

—Y la mía darte esto y que llenes el frigorífico de casa —lo abracé.

—Mucha suerte, Sergio.

—Gracias —dije emocionado.

Fui andando despacito, mirando la tienda de lejos y pensando que hacer, como entrar, si pasar de largo a ver si me veía. Estaba tan nervioso, que no atinaba con lo que quería.

Justo antes de llegar a la tienda había una cafetería, me senté en la terraza y me pedí un té, estaba sin aire, me costaba respirar y...

Levanté la mirada y ahí estaba ella, caminando hacia donde yo estaba y hablando por el móvil. De pronto me miró, se quedó inmóvil y sonriente, colgó el teléfono y se acercó mientras yo levantaba mi mano saludando, pálido y sin saber qué hacer.

—¿Doctor? —preguntó incrédula, con una preciosa sonrisa.

—Me llamo Sergio —me levanté sonriente y le di la mano.

—Yo soy Zaida...

—Lo sé —fruncí el entrecejo.

—¿Lo sabes? —Su cara era de sorpresa.

—Hay nombres que no se olvidan ¿Un té? —pregunté con atrevimiento.

—Claro —se sentó sin pensarlo —¿De vacaciones en mi país?

—Bueno, sí, pero no... —reí y negué con la cabeza.

—Sí, pero no... ¿Qué quiere decir eso? —Levantó la ceja.

— Es una larga historia... —dije evitando asustarla con la verdad.

—Tengo paciencia —sonreí y a mí se me caía la baba.

—Pues íbamos a necesitar una comida o una cena de forma relajada para contarte —arqueé la ceja aguantando la risa.

—Pues invítame y soy toda oídos —soltó con desparpajo.

—¿No tendrás problemas?

—¿Yo? ¿Por qué?

—No sé, tú familia, comer o cenar con alguien que no es de aquí...

—Nada, sin problema, soy mayorcita y no tengo nadie vigilándome —sonrió y a mí aquello, me dejó de lo más relajado—. Un té —pidió al camarero que le sonreía, se notaba que ya la conocían de sobra—. Pues yo venía a pedir un té para llevarlo a la tienda, pero me daré un respiro, tengo a Fátima, es mi empleada, así que no hay problema.

—Perfecto —me encantaba su desparpajo, la imaginaba más tímida.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—No lo sé, llevo cuatro días, estoy en el Riad de la plaza, el de Said.

—Lo conozco, voy alguna mañana a desayunar, me da mucha paz la terraza.

—Me encanta el momento desayuno —sonreí.

—¿Estás de vacaciones en el trabajo?

—Sí, tengo un mes por delante...

—Qué suerte, por favor... —Me encantaba el aire andaluz que tenía, con ese perfecto español y sus gestos tan simpáticos.

—Entonces ¿la tienda es tuya?

—Sí, la abrí hace tres años y la verdad es que tuvo una gran acogida, las chicas menos tradicionales tiran mucho de ella para vestirse.

—No me cabe duda, tienes muy buen gusto.

—Y cuéntame... ¿Es la primera vez que pisas Marrakech?

—El país, nunca estuve —sonreía con esa mirada que me encantaba.

—Me alegra, tiene sitios muy bonitos para ver.

—La plaza cada día al llegar el atardecer, me pone la piel de gallina, es impresionante como se transforma.

—Yo voy casi todas las noches —sonreía.

—¿En serio?

—Claro. Me tomo algo allí y me despejo.

—Y yo sin verte en todos estos días —puse cara de tristeza.

—No te acordaste que tenías una paciente aquí y no me buscaste —se encogió de hombros bromeando y me dieron ganas de soltarte todo, pero quería esperar a otro momento, tenía que conseguir una cita.

—¿Segura? —carraspeé.

—Entonces... ¿cuándo dices que me vas a invitar a cenar? —hizo un gesto bromista.

—Hoy y todos los días —me sonó hasta romántico.

—Hasta que te hartes y te vuelvas a tu país —rio.

—Tengo casi un mes y creo que no me dará tiempo a aburrirme —arqueé la ceja de nuevo.

—¿En serio te quedarías un mes? —Su cara era de asombro e incredulidad.

—¿Y por qué no?

—Creo que me tienes que contar muchas cosas ¿viniste solo?

—Solo con mi compañía —sonreí.

—Bueno, te haré de guía algún día, si me lo permites, claro...

—Hombre claro, contratada quedas ya —de guía decía y sí quería, encima era un amor de niña, si ella supiera...

—Ahora me tengo que ir, pero si quieres, paseamos esta tarde por la plaza...

—Por supuesto, faltaría más, no veo un plan mejor.

—Te aburrirás de mí —se levantó advirtiendo con su dedo—. A las siete en la terraza del Riad, nos tomamos algo y cuando la plaza esté montada, bajamos ¿vale?

—Sus deseos son órdenes para mí —dije sonriente.

—¡Vaya con el doctor! —Volteó los ojos y se fue riendo.

Me dieron ganas de ponerme a chillar, cantar, bailar, tenía una sensación tan positiva y feliz en el cuerpo, que no cabía en mí. Qué fácil parecía todo, jamás hubiera imaginado que nuestro primer contacto sería así, de mil formas menos así, pero estaba de lo más contento.

Me fui andando al Riad, estaba tan eufórico, que no me apetecía nada más que tirarme en la cama y pensar, pensar en que ya la encontré ¿quién me lo iba a decir? Pensaba realmente que no la iba a encontrar y ahora, ahí la tenía y con nuestra primera cita ¿podía ser más feliz?

Vi a Said antes de entrar, este, estaba al tanto de mi búsqueda, le conté todo y le enseñé la foto del Facebook.

—Claro, esta chica viene mucho por aquí —dijo poniéndose las manos en la boca —Es preciosa y muy simpática. Me alegro de que sea ella y deseo que tengas mucha suerte.

Me alegró hablar un poco con él, estaba tan nervioso que no podía conmigo mismo, me eché sobre la cama nada más entrar y no podía dejar de sonreír.

## Capítulo 5



Zaida

El cuerpo me temblaba cuando regresé a la tienda.

—¿Has visto un muerto? —me preguntó Fátima al verme.

—No te lo vas a creer... —Me puse las manos en la boca.

—¿Qué pasó?

—¿Te acuerdas el médico de urgencias que te conté que me atendió en España?

—Como para no acordarme, hablas de él, día sí y día no —soltó una carcajada.

—Me acabo de tomar un té con él —dije en voz baja, ahora estaba siendo consciente de lo que había pasado.

—Qué graciosa eres —soltó una carcajada y se puso a colocar un vestido en el maniquí.

—Te lo prometo, estaba en la terraza del bar tomando un té...

—¿Te has fumado algo que no debías?

—No, pero ahora mismo me lo fumaría —reí—. No es broma, he quedado a las siete con él.

—De verdad, hija, deja de ver novelas... —Negó con la cabeza.

—Mañana te traigo una foto con él, ya verás... —dije resignada porque no me estaba creyendo.

—Pero Zaida ¿con quién te crees que estás hablando? No tengo diez años —volteó los ojos agobiada porque yo siguiera insistiendo en lo que ella pensaba que era una broma.

—Sé que es difícil de creer, que viva en otro país, en otro continente y qué me lo encuentre aquí, al chico de mis sueños, al hombre que, como te dije mil veces, era el más guapo del mundo y con la mirada más impresionante. Sé que suena a broma, pero no, te juro que no lo es, por mi familia.

—¿En serio? —Ya estaba viendo que lo que le estaba contando no era broma, nunca juraba por mi familia y en esta ocasión, la había nombrado.

—Te lo juro —me puse las manos en el pecho—, estaba ahí sentado, yo estaba hablando por el móvil para entrar a por mí té y lo vi ahí, colgué la llamada rápidamente y nos miramos sonriendo.

—Qué fuerte... ¿Y qué te dijo?

—No lo recuerdo —solté una carcajada —Te juro que solo sé que me dijo que vino solo, que no tiene fecha de vuelta ya que tiene un mes de vacaciones y que ya me contará por qué eligió el país.

—Y habéis quedado...

—¡Sí! —Salté emocionada tocando las palmas.

—¿Te imaginas que hubiera venido a buscarte?

—¡No! —reí —Él, no sabía de donde era, a no ser que se lo dijera mi tío, pero no lo creo

¿cómo va a venir sin saber nada de mí, a buscarme? Y encima sentarse en la puerta de al lado de la tienda. No, todo esto es el universo que conspiró para que nos volviéramos a ver, se lo pedí mil veces —suspiré.

—¿No me digas? ¿Como también conspiraste mil veces en ir a buscarlo y fingir algo para terminar en el hospital? —reprochó bromeando por la de veces que le dije que iría a buscarlo.

—Y lo hubiese hecho, pero como no sabía si estaba casado, me lo pensé mil veces.

—¿Y no lo estará?

—No, no creo que venga en vacaciones sin su mujer —volteé los ojos.

—Yo tampoco —rio.

—Te juro que estoy flipando, te lo juro, esta tarde estrenaré los jeans nuevos y me pondré la camiseta rosa suelta de pico y el pañuelo, pero ligeramente dejado caer.

—Como siempre, vamos... —Puso los ojos en blanco —¿De qué color?

—Pues blanco, como las sandalias que me compré en Zara.

—Son preciosas, irás impresionante —me dio un abrazo.

Me pasé toda la mañana fantaseando, suspirando, sin poder creer que aquel hombre que me robó el corazón con solo una mirada, estuviera aquí y encima lo iba a volver a ver tranquilamente por la noche.

Iba a ser mi primera cita, nunca había estado con ningún hombre ni había quedado para cenar, sí con amigos que vinieron de otros puntos de Marruecos, tenía dos de hace años, uno estaba en Fez y el otro en Errachidia, pero solo amigos, sin más pretensión de alegrarnos y cenar cuando nos veíamos.

Nunca había sentido la sensación de cruzar una mirada con alguien y quedarse grabada en mi retina permanentemente, hasta que lo conocí a él, ese hombre que si supiera cuánto me había acordado de él y cuánto había soñado con volvernos a ver, se quedaría impactado.

Fue el día más largo de mi vida, pero largo, la hora de la comida que la hacíamos en la tienda o en el bar donde vi a Sergio, fue para matarme, me manché tres veces con la dichosa pizza que habíamos comprado.

Tenía los nervios metido en mi barriga, por fin llegó la cinco de la tarde, la hora que cerrábamos ya que trabajábamos de continuo.

Llegué a casa emocionada y se lo conté a mi tía que estaba en la cocina, ya le había hablado de él, desde que llegué de España.

—Ten mucho cuidado, pero disfruta, solo te pido que te des a respetar —dijo emocionada, dándome varios besos en la mejilla.

—Tía, ya sabes como soy... —Volteé los ojos riendo.

—Lo sé, pero tengo que decírtelo —gruñó y me sacó una carcajada.

—Me voy a duchar y arreglar —le saqué la lengua.

Estaba con los nervios a flor de piel, tenía ganas de tener respuestas a tantas preguntas que rondaban en mi cabeza, pero solo el simple hecho de saber que habíamos quedado, ya me llenaba de felicidad.

Me maquillé con calma, me encantaba verme bien guapa y, sobre todo, ese día.

Me solté el pelo y me dejé caer el pañuelo sobre la cabeza, una punta de él, hacia delante y la otra hacia atrás, estaba preciosa, emocionada y deseando verlo.

A menos cinco, salí de casa, vivía muy cerca de donde estaba alojado, así que llegué puntual. Saludé a Said, que ese día sonreía más de lo normal y subí a la terraza.

Ahí estaba, tan guapo, con esa sonrisa que derretía a cualquier mortal, levantándose para

recibirme.

## Capítulo 6



Ahí estaba ella, preciosa, tan bonita, guapa, sexy, frágil, de mil maneras...

—Hola —le señalé la silla.

—Hola, Sergio —sonrió con felicidad y ese brillo en los ojos que hacía que mi corazón comenzara a latir fuertemente.

—Estás muy guapa —dije en tono suave.

—Gracias, tú también lo estás —me sacó la lengua y por poco me caigo de la silla.

Nos trajeron dos té, ya lo había pedido, así que no tardó en llegar y la mirada y sonrisa de Said, me hacía leer su mente.

—No me puedo creer que estés aquí —negó sonriendo.

—La vida nos volvió a reencontrar —dije mintiendo un poco.

—La vida es fascinante —levantó las manos.

—¿Te volvió a dar algún cólico?

—¡No! Ni lo menciones, qué mal lo pasé —resopló.

—Es jodido, sí, pero, de todas formas, el tuyo no va a ser frecuente, era un poco de arenilla que tenías, seguro que ya la echaste.

—Hablas como los españoles —sonreí impresionado.

—Seguro que por mis venas corre algo de allí —no dejaba de sonreír y ella gesticulaba mucho, cosa que me encantaba.

—Seguro...

—Bueno y ¿me vas a contar como decidiste a venir a Marrakech?

—Para eso tienes que cenar por lo menos cuatro veces conmigo —bromeé, aún no pensaba contarle la verdad, era demasiado pronto.

—Pues listo, cenaremos de aquí a que te vayas —levantó las manos como queriendo decir que no había problema.

—Me veo un mes aquí... —sonreí.

—Ah no, si te quedas un mes tendré que enseñarte algún lugar, no solo te puedes ir con la impresionante Marrakech en las retinas, hay mucho más por descubrir en este país.

—Encantado, por mi parte, podemos irnos donde quiera, yo invito —levanté la ceja.

—Pues déjame pensar que ya se me ocurrirá algo.

—Claro, ya sabes del tiempo que dispongo —reí.

Era algo impresionante estar con ella charlando, me transmitía mucha vida, una energía super buena, era más simpática de lo que había imaginado.

Después de dos té, tomó el mando.

—Levantemos el culo, la plaza nos espera —dijo mirando hacia abajo y observando que ya habían montado todo el tinglado.

—Claro.

Bajamos y nos adentramos en ella y paramos en un kiosco de caracoles y pedimos dos tazas.

—Sergio, una cosa... Si te piensas quedar varios días, quizás te salga más barato y te sea más cómodo alquilar una casa.

—Lo había pensado, precisamente esta tarde, mientras descansaba.

—Si quieres te puedo buscar una por una semana y luego ya decides.

—Claro, si sabes de alguna...

—Mañana te diré —sonrió.

Eso de mañana, me encantaba, quería muchas razones para quedar una y otra vez, además, lo de la casa me parecía una genial idea y no tendría que echar de menos los desayunos de Said, pues podía seguir viniendo a tomarlos.

—Cada noche me tomo un tazón o dos —me referí a los caracoles.

—Bueno, yo de vez en cuando, hay tantas cosas que me gustan que cada noche voy cogiendo algo diferente.

—Veo que eres de buen comer —sonreí.

—No sé cómo no engordo, pues mira que me esfuerzo —soltó bromeando.

—Eso es una alegría, yo por las noches me cuido mucho, pero, aquí es obvio que no.

—Tú sigue cuidándote, que ya como yo por los dos —bromeó.

—Está bien... —Levanté las manos.

Tras comernos los caracoles fuimos a otro puesto de pinchitos, nos sentamos allí, raro, pero cogimos un sitio.

Una de las cosas que me imaginaba antes de venir es que, si la encontraba iba a tener que lidiar con todo para poder charlar, pensaba que ni un café nos íbamos a poder tomar, venía con la cabeza plana, con ideas sobre este país y sus gentes cosas que no tenía nada que ver con la realidad.

—Mañana también trabajas hasta las cinco ¿verdad?

—No, mañana es fiesta —sonrió.

—A ver, ¿qué fiesta es?

—Vuestra fiesta semanal es el domingo ¿verdad?

—Sí.

—Pues aquí son los viernes —se encogió de hombros.

—¿Y cierra todo?

—Bueno, la mayoría, hay mucha gente que abre, pero casi todo el país se queda parado.

—Es bueno saberlo.

—Es un día perfecto para irse fuera de la ciudad a pasar el día y conocer lugares, puedo ser una buena guía —me sacó la lengua.

—Por favor, eso es todo un honor —sonreí.

Los pinchitos me habían atrapado desde el primer momento que los probé en esta medina, ahora estábamos comiéndolos y era todo un orgasmo para el paladar.

Zaida me explicaba muchas cosas del país y, sobre todo, de sus costumbres, me encantaba como lo hacía, le ponía humor a todo, además de intensidad.

—Lo que más me impresiona es vuestro lenguaje, con la personalidad y euforia que se habla.

—Parece que chillamos ¿verdad? —soltó una risa.

—¿Parece? —Volteé los ojos —Da la impresión de que todos andan peleando —reímos.

—No conoces a mi tía, esa sí que chilla, pone firme a todos en un momento. Es un sol, muy

bueno, simpática y comprensible, pero cuando se enfada... hasta el marido se quita de en medio —dijo riendo.

—Y yo que pensaba que aquí era el hombre el que...

—Bueno, aquí y en muchos lugares del mundo, pero no, de puertas hacia dentro, son muchas las mujeres que los tiene bien puestos —reía.

—Me están sorprendiendo muchas cosas que no imaginaba de este país.

—Y las que te quedan por conocer si no te aburres y te vas antes...

—Si no me abandonas —hice gesto de terror bromeando—, creo que duraré bastante.

—Tranquilo, en España, tú quitaste mis dolores y aquí yo, curaré tu soledad —me sacó la lengua.

—¿Puedes tener problema si tu familia te ve conmigo?

—¡No! Además, mi tía sabe que estoy contigo por aquí —volteó los ojos—. Olvídate de esas cosas, que nadie me dice lo que tengo o no que hacer, confían en mí.

—Me quedo tranquilo, ya me veía colgado en medio de la plaza —dije bromeando.

—Claro, ejecutado por charlar con una marroquí —negó con la cabeza riendo.

—Lo que me asombra es que se supone que el velo es para cubrir el pelo completamente y, sin embargo, como tú, hay muchas que lo llevan de modo bonito, como un complemento, pero dejando entrever el cabello.

—Yo lo llevo por respeto a la familia, date cuenta que vivimos en el corazón de la historia, en toda la medina, donde la tradición aún está muy arraigada al pasado, por eso lo llevo, pero no de forma tan tradicional como ves y visto sin chilaba.

—Ya, ya, pero en España lo llevabas.

—Iba con mi tío, por respeto a él, si estuviera sola allí no lo llevaría.

—Entiendo...

—Mañana desayunaré contigo en Said, si te parece —sonrió.

—Me encanta la idea —dije emocionado.

—Luego veremos donde podemos ir, estoy barajando algunas posibilidades.

—Podemos pillar un taxi e ir a las afueras a algún sitio como dijiste.

—No, un taxi no, tengo mi coche, me lo compré hace un año —sacó sus dedos victoriosa.

—Me dejas sin palabras...

—Vivo en Marruecos, no en el tercer mundo —rio.

—Ya, ya veo... —Ladee la cabeza sonriendo.

Ni que decir tiene, que pasé la noche más bonita y divertida que jamás imaginé, ella era vida, alegría y muy culta, me quedé impresionado del conocimiento general que tenía de todo.

La acompañé hasta la esquina de su casa, quedamos en vernos por la mañana en el Riad y se fue con esa preciosa mirada, que había deslumbrado mi corazón.

# Capítulo 7



Zaida

Me había levantado igual de emocionada que me acosté...

Tenía un nudo en el estómago por los nervios, Sergio era ese regalo que siempre había esperado en mi vida, me encantaba conversar con él, su sentido del humor, lo respetuoso y educado que era y un sinfín de cosas que enamoraba el alma de cualquier persona.

Tenía ganas de verlo, me estaba preparando para ir a desayunar con él, cuando entró mi tío en el salón.

—Zaida, me enteré que el doctor de España está aquí y lo viste.

—Sí, ahora voy a enseñarle un poco la ciudad.

—Claro, pero recuerda, ten cuidado y que te respete, hazlo por mí.

—Ya sabes como soy, no debes de preocuparte por ello.

—Dile que es bienvenido a la familia y que mañana puede venir a comer, le prepararemos una buena mesa para recibirlo.

—Vale, se lo diré —le di un beso en la mejilla y salí de la casa.

En mi país lo bueno era que se le abrían las puertas a todo el mundo, la hospitalidad era algo muy arraigado.

Salí hacia la plaza y llegué al Riad, saludé a Said, subí a la terraza y ahí estaba él, tan guapo y con esa sonrisa cautivadora.

—Buenos días —sonreí.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal estás?

—Genial, por cierto, mi tío dice que mañana le gustaría recibirte en casa con una comida.

—Vaya... Espero que no sea una trampa y poder salir vivo de allí —sonrió y a mí me enamoraba el alma.

—Lo es... Te vamos a cortar a trocitos, te vamos a meter en la olla y te haremos Tajín de Sergio —negué con la cabeza.

—Se me están quitando las ganas de aceptar la invitación —levantó la ceja conteniendo la risa.

—Pues a mi tío le sentará mal que no lo hagas —le saqué la lengua mientras sostenía la taza de café en mis manos.

—Estoy acorralado, por lo que veo... —sonrió.

Me enamoraba esa sonrisa, me enamoraba muchísimo, era como si mi mente desconectara de todo lo que me rodeaba y mi mundo solo fuera en una dirección, hacia él.

¿Qué tenía que pasar en el universo para que dos almas tan diferentes y de dos puntos tan lejanos, se volvieran a encontrar? No lo sabía, pero sí que la vida era maravillosa y sorprendente.

Sergio era un chico que, seguramente, tendría las mujeres de tres en tres babeando por él, era

un chico que lo tenía todo, clase, buen trabajo, guapo, un físico sorprendente, simpatía y un sinfín de cosas bonitas que embelesaban a cualquier persona.

¿Qué hacía aquí? ¿Qué lo había empujado hasta esta ciudad con todas las que había en el mundo? ¿Qué conspiración había hecho el universo para que nos volviéramos a reencontrar? No lo sabía, pero todo era mágicamente maravilloso.

Terminamos de desayunar y fuimos a donde tenía mi coche aparcado, nos montamos en él y me propuse improvisar.

Conduje unos cuarenta kilómetros hacia el sudeste de la ciudad, al Alto Atlas, quería que conociera el valle de Ourika, donde el paisaje de los montes era espectacular, además de las aldeas beréber donde estaban los mercados tradicionales, eso sí, con la música marroquí de fondo, para meterlo de lleno en ese momento.

—Es impresionante —decía todo el camino cuando nos íbamos adentrando —es como si estuviera en otro lugar fuera del mundo, en otra época.

—Sí, así es —sonreí mientras aparcaba —vamos a tomar un té.

Nos pusimos en la terraza de un bar muy rural, estaban haciendo en el exterior unos tajines que olían que alimentaban, la cara de Sergio era para dejarla plasmada, no dejaba de fruncir el ceño y levantar la ceja.

—Te está entrando el hambre —reí.

—Me pasaría aquí todo el día comiendo, me encanta el toque que le dan a las comidas, es impresionante.

—Al final te veo viviendo en Marruecos —le saqué la lengua.

—No creo, tengo mi vida y mi trabajo allí, pero no descarto venir mucho y recorrer el país.

Nos movimos hacia Setti Fatma, haciendo un recorrido por las cascadas, cruzando puentes, aunque es un sendero bastante imponente, lo bueno es que llevábamos ropa cómoda y un calzado apropiado, la gente se estaba bañando en el río. Sergio se dio un baño y yo me quedé impactada al ver su cuerpo, disimulé, me sonrojé, le hice mil fotos y él me pedía que me bañara, pero no llevaba la ropa adecuada.

Comimos en un restaurante con unas vistas impresionantes, me peleé con Sergio, no había forma de que me dejara pagar.

—Tengo dinero, no soy tan pobre —resoplé.

—Nadie dijo eso, pero eres mi guía —me hizo un guiño.

—Bueno, pero así no te voy a permitir estar todo el tiempo.

—Creo recordar que mañana invitáis ustedes...

—Sí, pero eso no cuenta —negué con la cabeza.

Pasamos un día precioso, por la tarde regresamos a la ciudad y volvimos a perdernos por la plaza, charlando, sonrientes, yo era la mujer más feliz del mundo, me hacía mil preguntas, pero no obtenía respuestas ¿qué sería yo para él?

## Capítulo 8



Como la anterior vez la dejé en la esquina de su casa, quedamos en que, al día siguiente, la recogería a las dos en la tienda e iríamos a comer con su familia.

Ella me producía algo muy fuerte, tenía ganas de besarla, tocarla, pero sabía que debía ser comedido y respetarla, pues por muy moderna que fuese, tenían una tradición bastante fuerte y no quería traspasar esos límites.

Llegué a la habitación feliz, me quedé dormido pensando en el precioso día y los momentos vividos junto a ella, me la imaginaba en mi cama, desnuda, sin el velo, debía ser impresionante.

Por la mañana me duché y salí a desayunar arriba, ahí estaba ella, sonriente, preciosa.

—Buenos días, estás guapísima.

—Buenos días, Sergio, no más que tú.

—¿Llevas mucho tiempo? —pregunté preocupado.

—Acabo de llegar —sonreía, estaba preciosa.

—¿Cansada?

—No, para nada, me da fuerzas el tipo de excursiones que hicimos ayer.

—Eso es estupendo, ahora a desayunar como reyes...

—No mucho, deja hueco que mi familia es muy exagerada.

—Me lo imagino. No te esperaba aquí —dije aún sorprendido.

—Le dije a Fátima que saldría un momento, que tenía que hacer algo.

—Haces bien, me alegraste la mañana —dije en un arranque de sinceridad.

—Esta mañana estuve hablando con un chico de muy cerca de mi trabajo, tiene un piso justo al lado y te lo deja muy barato, unos veinte dirhams al día.

—¡Joder!, eso está muy bien.

—Si quieres, te lo enseña ahora.

—Claro, en cuanto desayune voy.

—Es coqueto y está reformado, creo que te gustará.

—Seguro que sí.

Desayunamos y fuimos a buscar al chico, nos enseñó el apartamento, estaba justo al lado de la tienda, en un primer piso. Estaba perfecto, salón, wifi, cocina con todo, dos dormitorios y un buen baño.

Pactamos pagar cada cinco días hasta ver el tiempo que me quedaba, le di los cien euros, rellenamos un documento y me despedí de Zaida, hasta las dos. Fui por mis cosas a la Riad y Said lo entendió perfectamente, de todas formas, volvería algunos días a desayunar.

Llegué al piso y ordené mis cosas, las de aseo en el baño, la ropa en el armario y salí a comprar un poco de comida y bebida para llenar el frigorífico, aquello era mucho más cómodo y confortable.

A las dos menos cinco bajé a por ella y me presentó a Fátima, que no dejaba de sonreír, las dos juntas eran de lo más graciosas.

De allí nos fuimos caminando a casa de Zaida, su tía Sora, nos recibió de modo tradicional con un montón de besos en una de las mejillas y me hizo pasar inmediatamente al salón, la casa era tradicional, con grandes sofás bordeando todo el habitáculo.

Su tío Rachid me recibió también muy bien, eran personas muy hospitalarias, además, me pusieron una mesa de comida, que parecía un convite.

El tío de Zaida, hablaba mejor el español que su tía, a la pobre le tenían que ir traduciendo, pero poseía una simpatía tremenda.

Luego pasamos al té, era un espectáculo ver como lo preparaban y también me agasajaron con muchos pasteles típico del país.

Estuvimos hasta las siete de la tarde cuando nos despedimos, no sin antes, prometer que volvería otro día.

—Me encanta tú familia —dije sonriente.

—Son de lo mejor, personas con mucho corazón.

—Se nota.

—Yo creo que el próximo día, ya le puedes pedir mi mano —bromeó mientras caminábamos hacia la plaza.

—Se la iba a pedir hoy, pero pensé que era muy precipitado —le solté levantando la ceja y provocándole una sonrisa.

—Eres muy poco valiente —agarró mi brazo riendo y apretándolo.

—Verás la próxima... —reí.

Un solo contacto con ella y me hacía sentir que el mundo se paraba, pero claro, solo había sido una muestra de cariño lo del brazo, yo deseaba besarla y abrazarla, pero no me atrevía y menos, ante los ojos de los transeúntes.

Después de pasear y charlar animadamente, la acompañé hasta la puerta de su casa y nos despedimos hasta el día siguiente que cuando saliera a las cinco de trabajar se pasaría a recogerme.

Me tiré en el sofá y me puse a ver un documental del canal internacional, me quedé ahí dormido, a las cuatro de la mañana, me espabilé un poco y aproveché para irme a la cama.

Desperté con la imagen de ella cuando dieron dos golpes a la puerta, salí y ahí estaba.

—Buenos días, te traje pan recién hecho y una botella de zumo recién exprimido, para que tengas un buen desayuno —dijo entrando y dejándolo todo sobre la cocina.

—Buenos días —sonreí emocionado—. No se te ocurra cuidarme tanto que luego cuando me vaya, caeré en depresión.

Se quedó a desayunar conmigo y luego se fue dejándome ahí, con una sonrisa de oreja a oreja.

Había pensado ese día, salir a comprar cosas para prepararle una cena española de sorpresa.

¿Qué podría hacer? Pensé un buen rato, pero no me venía ninguna idea, una tortilla de patatas sería algo que, aparte de salirme bien, podría quedar genial, pero ¿para una cena?

Bueno eso de comida española cada vez se me ocurría menos, parecía que fuera ya de allí, acostumbrado a los pinchos y la sopa marroquí, que estaba deliciosa, se me fueron todas las ideas, así que, de española nada, eso sería para una comida. Para esa noche compré unas pastelas de pollo marroquí, además de todos los ingredientes para hacer una buena ensalada.

Pasé por delante de una boutique de ropa tradicional, había unos preciosos velos de seda de lo más modernos y con un tacto impresionante, eran de calidad y costaba cada uno quinientos

dirhams, al cambio eran cincuenta euros.

—Me llevo este —cogí uno de color tierra, que era precioso.

Me lo preparó para regalo, hasta la bolsa era exclusiva, me gustaba como lo había envuelto, quería que tuviera un recuerdo mío y tener un detalle por cómo se estaba portando conmigo.

Pasé por la tienda y entré a saludarlas, ella estaba preciosa, feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, quedamos que más tarde nos veríamos.

Yo había tapado el regalo en otras bolsas, así que, no se dio cuenta.

Comí y me eché un rato, luego a las cinco llegó y mi día se transformó al tenerla ahí conmigo.

Le tenía la bolsa puesta en el centro de la mesa, había preparado un té, hasta había aprendido a hacerlo.

—Esto es para ti, un pequeño detalle —sonreí.

—No tenías por qué hacerlo... —dijo a modo de riña.

—Me apetecía —arqueé la ceja.

—Si yo hiciera todo lo que me apetece... —dijo con sorna, mientras sonreía y lo abría —¡Qué preciosidad! Pero vamos, yo pensando que venías a intentar que me quitara el velo y vas y me regalas uno... —bromeó.

Se quitó el suyo por primera vez, dejando su preciosa melena suelta, me quedé exhausto, era una muñeca preciosa, se puso el nuevo y me sonrió.

—Te queda precioso...

—Lo estrenaré cuando me lleves a un buen restaurante —soltó con descaro.

—Cuándo quieras —sonreí.

Se lo volvió a quitar y se quedó sin ninguno puesto, me chocaba verla así ya estaba acostumbrado a que estuviera con velo.

—Estaba pensando que me gustaría enseñarte un lugar precioso de Marruecos, quiero que te lleves un buen recuerdo del país, pero no sé si estarás dispuesto —su gesto era duda.

—Donde quieras y cuando quieras —dije levantando el té.

—Necesitaremos tres días...

—Tengo todo el tiempo del mundo, de momento —sonreí con esa idea de poder pasar varios días con ella sin separarme—, pero no sé qué opinará tú familia.

—Nada, no te preocupes, confían en mí.

—Pues ¿cuándo nos vamos?

—¿Mañana? —soltó una carcajada —Ni tiempo te dio a disfrutar del piso, pero lo hablé con Fátima y ella se queda a cargo de la tienda.

—El piso seguirá aquí cuando volvamos —reí.

—Claro.

—Con una condición —puso cara de interesante.

—Ya empezamos... —bromeé riendo.

—Que allí me cuentes que te trajo hasta Marrakech, tengo mucha intriga.

—Trato hecho —le di la mano y el contacto con ella fue impresionante, tenía tantas ganas de abrazarla que me costaba contenerme, pero me daba miedo que pudiera romper eso tan bonito que había entre nosotros.

Estuvimos juntos toda la tarde, charlando, por la noche preparé la cena y luego la acompañé a su casa, no sin antes, tomarnos un té en la plaza que tanto me gustaba y me llenaba de sensaciones.

Al día siguiente quedó en recogerme a las nueve de la mañana, así que preparé una mochila con lo necesario para tres días y me acosté.



## Capítulo 9



Desperté cuando oí dos golpes en la puerta.

¡Mierda! Miré el reloj por si me había quedado dormido y no, faltaba una hora para mi cita con ella.

Abrí y ahí estaba, sonriente.

—Buenos días ¿Te desperté? —sonreía.

—Buenos días, sí y ojalá todos los días me despertaran así —dije dejándola pasar.

—Vengo a prepararte el desayuno —se quitó el velo.

—Por favor, no me merezco tanto... —Levanté la ceja.

—Ve a prepararte, confía en mí, que no te robaré el azúcar —bromeó.

—Ya me robaste el corazón —dije produciendo que sus pupilas se dilataran y sus ojos se abrieran como platos—. Me voy a cambiar —reí volviendo a la habitación y dejándola con una sonrisa y asombro sobre su rostro.

—Me has matado —gritó riendo.

Me cambié y saqué la mochila al salón, me senté con ella, que había traído pan recién hecho, así como zumo y había preparado café además de té.

Estaba sonriente.

—Y cuéntame... ¿Qué dijeron tus tíos de este viaje?

—Pues están felices porque saben que, por las leyes del país, no me dejan dormir en los hoteles en tu misma habitación, como no acredite que estamos casados.

—Si hay que casarse, preparamos hoy una boda rápida —bromeé.

—No hace falta, tengo un lugar de unos amigos, que sí nos dejaran dormir juntos, al menos, nos ahorraremos una habitación —sonrió.

Eso me gustaba y mucho, me había dado un subidón enorme saber que no me separaría de ella, en toda la noche.

—Y... ¿te atreverás a dormir conmigo?

—Bueno, en otra cama —me sacó la lengua.

—Vaya, me había hecho ilusiones...

—Anda, come, que el camino es largo —volteó los ojos sonriendo.

Estaba conociendo una parte de ella que no me esperaba para nada, era de lo más atrayente, una mujer de armas a tomar, decidida, espontánea y llena de vida. Me encantaba esa parte que desconocía y que, para nada, me esperaba.

Desayunamos y nos montamos en el coche rumbo a, ni idea, pero me daba igual, el tema es que iba a estar con ella, con esa mujer que vine a buscar sin saber la sorpresa tan agradable que me esperaba.

—Estamos dejando atrás Marrakech y vamos hacia Ouarzazate —dijo como si yo entendiera algo.

—Tenía ganas de conocer ese lugar —bromeé.

—Ese lugar queda de paso, no vamos allí —soltó una carcajada.

—Vaya, pero seguro que el destino es mejor.

—Disfruta de todo —negó con la cabeza.

—De todo... ¿todo? —bromeé.

—Inténtalo —seguía negando mientras conducía y sonreía.

El camino era espectacular, más tarde comenzamos a adentrarnos por unos paisajes de lo más sorprendentes en el Atlas, a más de dos mil metros de altura.

En una buena parte del camino llegamos a la Kasbah de Ait Ben Haddou, la ciudad fortificada, para mis ojos la más sorprendente de Marruecos, lugar donde sirvió de escenario para películas como *Gladiator* o *El Reino de los Cielos*.

Tomamos un té después de tirarnos impresionantes fotos en las que hacíamos el payaso, me encantaba esa parte infantil que conseguía sacar de mí.

Seguimos el camino y mucho más tarde paramos a comer en Ouarzazate, donde me enseñó la Kasbah de Tourirt, era impresionante, en aquel lugar aprovechamos para comer, un Tajin de Kefta, para chuparse los dedos.

Me encantaba como me explicaba toda esa parte donde nos íbamos adentrando, se le notaba una persona muy culta, ya me había contado que siempre le gustó estudiar y documentarse en todo, pero dejó los estudios después de terminar el instituto.

Llegamos bastante tarde a Merzouga, aparcamos el coche y un chico con un todoterreno nos estaba esperando.

—Me imaginé que me traerías al desierto —dije feliz, pasando esas puertas donde ya se podían ver las infinitas dunas a ambos lados.

—Mi amigo tiene un albergue precioso, con las mejores jaimas que jamás hayas visto —sonrió.

La carretera era infinita, pero en un momento se desvió hacia las dunas y supe que nos estábamos adentrando hacia el alojamiento.

Era una sensación única la que estaba viviendo, de esas que te llegan a la vida y no te esperas, que te sorprenden tan gratamente, que se te quedan grabadas en el corazón para siempre.

Llegamos al albergue, aquello era impresionante, con salones y recepción, todo a los pies de las dunas.

Nos llevaron hasta el campamento, andando, estaba justo enfrente a los pies de la gran duna, donde me explicó Zaida, que era el más bello amanecer del mundo y al que había que ir en los camellos que había allí. Ya tenía ganas de que llegara ese momento, pero ahora, tocaba disfrutar de nuestra primera noche en el desierto.

La jaima era impresionante, dos camas ligeramente separadas, un sofá, una mesa, aquello era de lo más cómodo y exótico.

Dejamos las cosas y volvimos al albergue para cenar, lo hicimos en la terraza de afuera, la noche invitaba a estar al aire libre y vivir ese momento único.

Había muchos turistas y los llamados tuareg “los hombres del desierto”, que con música amenizaban la velada.

Nos pusimos las botas cenando, además riendo, ella era muy cómica y bromeaba con todo lo que veía o estaba al alcance de nuestra vista.

Luego nos tomamos un té y más tarde nos fuimos a descansar ya que por la mañana queríamos ver ese amanecer, los camellos salían a las cinco, así que había que recogerse ya.

Lo que más me llamó la atención fue ver el cielo lleno de estrellas, jamás había visto tantas, aquello era un espectáculo.

Ella se cambió en un lado de la jaima, donde había un baño, increíble pero cierto, aquello era un resort en el desierto.

Salió con un camisón largo de tirantes, fino, me hizo mucha gracia verla así.

—Eso es de la época de mi abuela, pero te queda genial —bromeé.

—Haberme regalado uno más sexy, pero te encaprichaste en cubrirme la cabeza y me regalaste un velo —soltó con sorna. Esta vez no tenía el pañuelo, se lo quitaba cuando estaba fuera de la vista del resto del mundo.

—No caí, de haber sabido que no te importaba...

—Me tienes un poco de pudor ¿no? —Volteó los ojos.

—Digamos que respeto vuestras costumbres...

—Y yo las vuestras —me hizo un guiño y se sentó sobre su cama, con los pies cruzados con el bajo del camisón entre sus piernas dejando sus piernas descubiertas hasta las rodillas y las tenía preciosas, con un tono de piel de lo más bonito, tuve que tragar saliva.

—Si fueras española... —Solté la primera bomba, pero con suavidad.

—¿Cuál sería la diferencia? —Arqueó una ceja y me senté frente a ella en mi cama.

—¿De verdad quieres saberlo? —La miré aguantando la risa.

—Claro, además te recuerdo que me tienes que contar que te trajo hasta aquí —me sacó la lengua.

—Demasiadas cosas ya para responder, me siento acorralado —sonreí.

—Vayamos por partes. Echa para allá —se sentó en mi cama frente a mí y en ese momento, se me paró el corazón—. Lo primero es qué te llevó a elegir Marrakech para tus vacaciones.

—Tú —solté mirándola fijamente con media sonrisa.

—Mira Sergio— alargó sus manos riendo—, muy buena esa, pero no me la creo y más vale que me seas sincero o te entierro bajo una duna —dijo bromeando y apretando mi mano, de forma nerviosa y risueña.

—No te estoy mintiendo —levanté la ceja.

—Sí hombre, claro... —resopló desesperada, pensando que estaba bromeando.

—¿Quieres que te cuente la verdad?

—¡Claro! —Abrió sus manos.

—Tengo que ir por partes, te lo advierto y no me pongas en duda hasta que no termine de contarte, ates cabos y decidas si me crees o no ¿vale? —reí viendo su cara de resignación.

—Vale —volteó los ojos.

—El día que te conocí tenía tres datos de ti, tu nombre, tu edad y que tu tío el que yo pensé que era tú padre, tenía en Marrakech, una tienda en la medina.

—No me lo creo —rio.

—Bueno y entonces ¿por qué sé que él quería sacarte rápido del hospital, pues teníais que volver porque os llegaba al día siguiente mercancía para la tienda?

—Es verdad, esa era la prisa ¿te lo contó?

—Claro, de ahí deduje que había una pista para encontrarte.

—¿Y por qué me estabas buscando? —Sus manos en su boca, preguntaba sorprendida.

—¿Me vas a dejar contarte? —reí.

—Vale, vale.

—Tenía esos tres datos, la dirección me salía de España en la base de datos, supuse que era la de tus familiares, entonces solo contaba con tu nombre, edad y trabajo del que pensaba que era tu padre.

—Vale, pero ¿para qué me tenías que buscar? ¿deje allí alguna factura allí sin pagar? —puso cara de terror.

—Para nada, pero cuando te vi por primera vez y te miré a los ojos, esa mirada se me quedó clavada en el corazón, pasaban los días y no podía sacarte de mi cabeza, se acercaron mis vacaciones y decidí coger el equipaje, venir e intentar localizarte, lo veía imposible, pero tuve mucha suerte gracias a alguien.

—No entiendo nada...

—A ver, llegué aquí y quería estar cerca de la medina, así que cogí la Riad de Said, para tener un punto de partida todos los días cercano a toda esa zona donde pensaba que te podía encontrar o a tu padre y seguirlo a donde fuera, hasta dar contigo.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, entonces la primera mañana que salí para buscarte se me acercó Mohamed, un guía de los oficiales y me ofreció los servicios, los acepté y en un arranque de sinceridad le conté que vine a buscar a alguien, me dijo que me ayudaría ya que se movía por todos los zocos de la medina. Le di tu nombre, el dato de que habíais estado en España recientemente, más tu edad y prometió ayudarme —su cara era para verla, con la boca abierta y las manos en el pecho—. Tardó dos días en traer la primera noticia, una foto para ver si eras tú, me la enseñó y sí, eras tú. En ese momento sentí que me iba a desmayar y fue cuando me dijo tu Facebook y donde trabajabas. A él, le dio la información uno de tus primos a quien le preguntó.

—¿En serio?

—El día que me viste en la cafetería iba para tu tienda, pero me paré un paso antes a tomar un té, me iba a dar un ataque de nervios y para mi sorpresa, apareciste tú. Por cierto, Said sabía que estaba allí para buscarte.

—Por eso sonreía las dos últimas veces que fui a buscarte —se puso las manos en la frente sonriendo y me di cuenta de que estaba llorando.

—Zaida, ¿estás bien? —No lo pensé, me la jugué y la abracé.

Y se tiró a mí abrazándome con todas sus fuerzas.

—No sabes lo que soñé con volverte a encontrar, no te lo imaginas, volví loca a Fátima, desde que llegué de España y saber que nos pasó lo mismo... —Sollozaba a lagrima viva.

La senté en mis piernas de lado, yo estaba con las piernas cruzadas.

—Pues te busqué, a pesar de saber que era como buscar una aguja en un pajar, pero lo hice y no sabes lo que me alegro de haberte encontrado —la sostenía por la cintura—. No sé qué pasará entre nosotros, pero solo por haberte vuelto a ver, todo mereció la pena. Me estás dando los días más bonito de mi vida —le sequé las lágrimas con mis dedos, con delicadeza.

—Nunca estuve con un hombre, ni un beso robado, pero cuando volví de España, me di cuenta que eso era un sentimiento fuerte, que era algo más de un simple me gusta. No te podía sacar de mi cabeza, soñaba cada día que te veía en un viaje, o que volvía allí y te buscaba, mil veces le dije a Fátima de ir a España, fingir un dolor y colarme cuando estuviera segura que estabas.

La abracé fuerte, no sabía ni como tenía que actuar con ella, no lo sabía, era como si el choque cultural me frenara a hacer todo lo que deseaba, pero la tenía ahí, abrazada a mí y eso me llenaba por completo.

Y nunca había besado a nadie...

Estuvimos unos minutos callados, abrazados, notaba que ella estaba cómoda, con su cabeza acomodada a mi cuello, la podía oír respirar.

—¿Me vas a dejar un hueco? —preguntó sin levantar la cabeza de mi cuello.

—¿Un hueco? —No la entendí.

—Sí, quiero dormir contigo —dijo con tono aniñado.

—Claro, por supuesto que te dejo un hueco —la eché hacia atrás riendo y se tiró sobre mi pecho.

Nos tapamos ya que, hacia fresco, el desierto en verano era muy caluroso de día, pero de noche refrescaba bastante.

Una vela sobre un pequeño farol en la mesa iluminaba la habitación, el silencio del desierto, un leve sonido de música de la zona del albergue de la gente que seguía disfrutando de la noche, ella sobre mí, aquello era un espectáculo de paz y felicidad.

Le acaricié el pelo, estábamos en silencio, ella estaba digiriendo todo y yo sentía que me había quedado en paz conmigo mismo, al haberle contado la verdad.

—Sergio... —dijo tras unos minutos que yo pensaba que ya estaba dormida, sonreí.

—Dime, guapa.

—Lo de que si hubiera sido española...

—Vaya, no se te pasa una —sonreí echándole el pelo hacia atrás de forma cariñosa. Le besé la frente—. Quizás te hubiera abrazado mucho antes... —dije con melancolía.

—Trátame como si fuera de tu cultura, de tu país, no lo hagas diferente, no me demuestres que eres como los demás —dijo con tristeza.

Me eché hacia abajo y me puse a su altura, la miré y me acerqué para besarla, sabía que era su primer beso así que no fui brusco, le di besos suaves, cortos, con cariño, ella me cogía la cara entre sus manos y me los devolvía emocionada.

La volví a tirar a mi pecho y nos quedamos abrazados de nuevo, no iba a ir más allá, no podía, lo deseaba con todas mis fuerzas, pero a pesar de la personalidad y coraje que tenía, era frágil, la veía así, nunca había estado con un hombre, me parecía muy violento que, pese a mis deseos, desatara toda esa tensión contenida.

Quería ir, poco a poco, que se sintiera cómoda conmigo, que se diera cuenta de que estaba por encima de todos mis deseos.

Me quedé dormido pegado a ella, una sensación increíble en aquel lugar...

# Capítulo 10



Sonó la alarma del móvil y nos despertamos, ella se abrazó a mí, acurrucándose y dándome un beso en la mejilla.

—Buenos días, preciosa —le eché el pelo hacia atrás.

—Buenos días, bombón —dijo apretándome, causándome una sonrisa.

—Venga, que nos esperan —le acaricié la espalda y nos levantamos, casi no se desengancha de mí, era para comérsela.

Nos preparamos y salimos afuera, nos subimos en dos camellos y comenzaron a llevarnos hasta la gran duna, ella delante mía, iba tirándole fotos y ella haciendo selfis de los dos, me encantaba verla ahí, tan preciosa con ese paisaje de arena de fondo.

Cuando llegamos nos sentamos en la arena, nos tiramos un selfi, ella estaba apoyada en mis piernas, era de lo más cariñosa.

El sol comenzó a emerger por esas dunas y aquello era el mayor espectáculo que había visto en mi vida, jamás, jamás, había visto una belleza como esa.

Un silencio se apoderó de nosotros, era como si aquello acaparara toda la atención y el mundo se parase. Note una sensación de paz que nunca había experimentado.

Nos tiramos unas fotos, haciendo el payaso, ella se ponía a hacer caras pegada a mí, o sacándome la lengua, me encantaba como era, estaba llena de vida.

Volvimos a los camellos y nos llevaron a las jaimas, delante de ellas habían preparado una mesa a pie de las dunas con un fantástico desayuno, apartado de los demás, en el silencio de aquel entorno que te llegaba al alma.

Estaba preciosa, como siempre, con un vestido hasta la rodilla en color verde caqui, de manga corta y un cinturón marcando su preciosa cintura, en la cabeza el velo en tonos tierra que yo, le había regalado.

Mordisqueaba el bollo y me miraba sonriente, yo hacía lo mismo, no nos hacía falta hablar para entendernos con las miradas, esas que permanecieron en nuestras mentes desde el día que la cruzamos por primera vez.

—¿Y hoy cuál es el plan, aparte de tostarnos con el calor que va a caer en un rato?

—Hay piscina —me sacó la lengua.

—Y ¿te vas a bañar con el camisón de mi abuela? —bromeé.

—Traigo un bañador —volteó los ojos negando con la cabeza.

—¿Por la rodilla? ¿Cómo los que se ponen los submarinistas? —aguanté la risa, pero me lanzó un bollo de los de la mesa.

—Esto es un ataque —dije señalando el bollo que cayó sobre la arena.

—Pues te lo comes —me sacó la lengua.

—¿El bollo o el ataque? —reía.

—Las dos cosas —hizo una burla y a mí, me derretía.

—Lo apunto, todo queda anotado.

—Uhhh, que miedo —me hizo otra burla.

Después del desayuno nos fuimos a conocer Khamlia, también conocido como el pueblo negro, luego a los Lagos Dayet Srij y Yasmina, con un guía privado, la visita a todo fue espectacular y nos hicimos un montón de fotos.

Por la tarde volvimos al campamento y estuvimos en la piscina, me quedé de piedra al verla con ese bañador blanco, de lo más moderno y elegante, Zaida tenía mucha clase, muy buen gusto con la ropa, no me la esperaba con ese atuendo, estaba preciosa y encima se había puesto un pañuelo del mismo color, pero al estilo del desierto, como un turbante, estaba de lo más guapa y sexy.

Me hacía mil preguntas, sobre todo a la hora de regresar a España ¿Qué pasaría con nosotros? Yo tenía mi trabajo allí y ella aquí, al igual que nuestras vidas, en lugares totalmente diferentes. Evité pensar en eso, pues me estaba poniendo triste.

—¿Te pasa algo? —preguntó poniendo el vaso de té que nos habían traído sobre el borde de la piscina, nosotros estábamos dentro.

—Nada, tranquila —sonreí.

—Por un momento te cambió el gesto, no sé, como si pensaras algo que te hacía mal.

—Estoy bien —sonreí. La quería abrazar, pero delante de la gente no lo iba a hacer.

—Espero ¿eh? Si te sientes incomodo o te pasa cualquier cosa, me lo dices que hacemos algo.

—Nada de eso —levanté la ceja.

Nos quedamos la tarde allí y luego nos duchamos, nos cambiamos y cenamos a pie de duna, me encantaba estar con ella, bajo ese cielo cuajado de estrellas. Era un momento tan maravilloso, que sabía que me daría mucha nostalgia cuando me acordase más adelante.

Ella era esa alma libre, sonriente, siempre con un humor y una energía de las más bellas y eso me lo transmitía, me encantaba ese carácter, pero a la vez la veía frágil, esa era mi sensación.

Volvimos de nuevo a la Jaima, ya era tarde y tal como entramos la abracé, estaba loco por hacerlo, necesitaba de sus besos.

Notaba como se le erizaba la piel, era impresionante...

—No quiero el pijama de vieja —dijo soltando una carcajada.

—No se lo digas a nadie, pero te queda genial —dije en voz baja en su oído, causándole una carcajada.

—Pues no duermo con eso —se cruzó de brazos como una niña.

—Lo soluciono ahora mismo —fui a mi mochila y saqué una camiseta—. Toma, te quedará suelta y corta, pero te cubrirá lo suficiente.

—Qué manía con cubrir —resopló y se fue al baño, dejándome con una sonrisa de oreja a oreja.

Me puse mi pantalón corto deportivo y una camiseta, me senté en el borde de la cama y ahí salió ella, con una coleta alta y esa camiseta que le quedaba de muerte, de lo más sexy.

Le abrí las manos para que se sentara en mi regazo, le puse una mano en las piernas y la otra en la cintura, estaba de lado.

—¿Te gustó entonces el desierto? —dijo mirándome fijamente y sonriente.

—No más que tú, pero sí lo suficiente.

—¿No más que yo? —rio.

—No más que tú —soltó una carcajada.

La besé, con mi mano por debajo de la camiseta, acariciando su nalga, su espalda, esperando que no me diera una hostia, pero necesitaba sentirla, ella sonreía y me apretaba la cara con su mano y me llenaba de besos, la veía una niña, una preciosa niña que deseaba contemplar y disfrutar de ella, pero me daba miedo, no quería correr, quería que se sintiera cómoda, que no tuviese miedo a nada.

Se echó hacia atrás riendo y se dejó caer en la cama, seguía sobre mí, le metí la mano por debajo de la camiseta y acaricié su preciosa barriga, se quedó al aire su ropa interior, unas preciosas braguitas blancas que la hacían de lo más sexy, además, eran finas, muy finas.

—¿Estás bien? —pregunté mientras la acariciaba.

—Mejor que bien —sonrió mirándome, ahí tirada, preciosa.

—Me alegre —subí un poco mi mano hasta su canalillo, no llevaba sujetador.

Ella me miraba sonriente, sin oponer resistencia, yo me estaba dejando llevar por los deseos de sentir esa piel tan atractiva y deseada.

La levanté de nuevo sobre mi falda y le quité la camiseta, a pesar de no querer ir rápido, algo me decía que ella esperaba más.

Se ruborizó al verse desnuda solo con la braguita, la luz de la vela hacia un momento único.

—Eres preciosa —dije mirándola a los ojos.

—No me digas eso, que me da vergüenza —sus manos en su cara y se echó sobre mi hombro.

—Me encantas —reí abrazándola, el contacto con su piel aceleraba los latidos de mi corazón.

Nos comenzamos a besar y toqué sus pechos, eran perfectos, buen tamaño, con un tacto que me hacía enloquecer de placer.

Me quité la camiseta y me tumbé frente a ella, con mi mano en su cintura y mirándola.

—No sé si debo ir más allá...

—Sergio, deseo lo mismo que tú, es verdad que me da miedo y vergüenza, me pongo nerviosa, pero lo deseo.

—¿Miedo a qué? —pregunté apretándola más a mí.

—Nunca hice nada, estoy intacta —rio, ruborizándose más si cabe—. No tengo experiencia, no sé si dolerá tanto como dicen con la primera vez, que sangras y esas cosas —volteó los ojos y yo sonreía mientras la dejaba hablar—. No sé si estaré a la altura, solo que deseo que pase de todo contigo —se ahuecó cortada en mi hombro.

—Tranquila, con calma, no te preocupes que no será así, podemos ir poco a poco y cuando estés preparada, se hará lo que se tenga que hacer, no tengo prisa —le acaricié la espalda.

—Estoy tranquila —rio, nerviosa.

—Ya veo... —reí.

La besé con cariño y la puse boca arriba, comencé a acariciar su pecho y a bajar mi mano hacia abajo, me incorporé un poco y le quité la braga, ella soltó el aire, estaba nerviosa.

Me encantó lo que vi, estaba perfectamente depilada, era una preciosidad, con un cuerpo de lo más bonito.

—¿Te fías de mí? —pregunté poniendo mi mano en su entrepierna.

—Claro —dijo en tono bajo y medio sonriente, la vergüenza le podía.

Mis manos comenzaron a acariciar sus muslos, a besarla, con mis manos le abrí un poco las piernas y le puse las rodillas dobladas.

No se lo iba a hacer la primera vez, quería que sintiera confianza, pero la llevaría a un orgasmo sin necesidad de introducirme en ella.

Con una mano acaricié su pecho, con la otra puse mis dedos en su clítoris y comencé a acariciárselo y rápidamente comenzó a gemir de placer, además de contraerse por esa sensación.

—Sergio... —gemía.

—Disfruta de la sensación.

Rápidamente sus gemidos se aceleraron y comenzó a llegar a eso que yo quería, a un orgasmo que la dejó ahí, abatida, con las manos puesta en su cara.

La pegué a mí.

—Vamos a ir, poco a poco, tengo toda la paciencia del mundo, no quiero que tengas temor por nada.

—Quiero hacerlo, quiero que disfrutes —dijo con ese tono avergonzado.

—¿Crees que no he disfrutado viéndote gemir? —carraspeé.

—Pero quiero que tú también lo hagas.

—No te preocupes por mí —la besé, la pegué a mí y la tapé.

Estaba super avergonzada, lo podía notar, su respiración en mi oreja, sus manos puestas en mi pecho, así daba gloria dormir.

Nos quedamos dormidos...

Despertamos a las siete de la mañana, sentir su cuerpo desnudo pegado al mío era algo impactante, solté el aire con cuidado, pero estaba de lo más excitado.

Sonrió avergonzada al mirarme y se tapó la cara.

—No —le quité las manos—, no te avergüences —la besé.

La cogí y la puse encima de mí, contra mi miembro, yo tenía el bóxer puesto.

Comencé a frotarla contra mí, para que se excitara, un leve gemido al contacto con su clítoris la hizo gemir, se movió un poco y la puse a un lado de la cama.

Agarró un velo que tenía a un lado de la cama y se lo puso en la cara, me produjo una sonrisa, ella necesitaba tapar su rostro, le daba vergüenza estar expuesta ante mí.

Me puse entre sus piernas y comencé a besarla, a jugar con su zona con mi lengua, la veía como apretaba la almohada y se retorcía de placer.

—Relájate y si te duele lo más mínimo, me dices —dije introduciendo un dedo en su vagina, lentamente. La escuchaba soltar el aire —¿Bien?

Afirmó con la cabeza y empecé a mover un poco el dedo hacia dentro y hacia fuera.

Lo saqué y comencé a lamerla, luego mi lengua se desató en su clítoris donde se retorcía de placer y llegó al orgasmo, sin quitarse el velo de la cara.

Se lo quité y me puse al lado sonriente.

—Quiero hacerlo —dijo ruborizada.

—¿Segura?

—Sí.

Me levanté me coloqué un preservativo que llevaba en la cartera y me puse entre sus piernas, apunté con cuidado y fui entrando poco a poco, ella se agarró con fuerza a las sábanas.

—¿Te duele? —No había entrado ni una cuarta parte, pero su interior se notaba tenso, cerrado.

—No, un poco de presión, pero puedo aguantar —le quité el velo de la cara.

—Déjame verte —sonreí y ella resopló.

Fui entrando poco a poco, hasta que conseguí llegar, iba con mucho tacto, lo último que deseaba era hacerle daño.

Comencé a moverme y ella se agarró a mis brazos, desprendió algún gemido, yo iba con cuidado, lentamente, cada vez notaba que su cuerpo se abría más y era más fácil el movimiento.

Llegué rápidamente a un orgasmo, demasiada tensión sexual acumulada, no salí, me quedé abrazado a ella un buen rato, mientras la miraba y besuqueaba.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo con los colores rojos sobre sus mejillas a punto de explotar.

Salí y me la llevé a ducharnos, la enjaboné y ella avergonzada me esquivaba la mirada, tan frágil, tan nueva, tan bonita, tan sensual...

Salimos a desayunar, en el mismo lugar, con las mismas bromas, pero ella estaba increíblemente avergonzada.

Tras el desayuno nos llevaron en Jeep a su coche, a la entrada de las puertas del desierto, acababa nuestra escapada a ese maravilloso lugar y tocaba regresar.

El regreso fue espectacular, viendo los paisajes, el cambio de vida, en el sur era todo más remoto, parecía que vivían cien años atrás, todo me impresionaba.

Paramos varias veces a tomar té y comer, al atardecer ya estábamos entrando en Marrakech, fuimos directos a mi casa.

Preparé unos sándwiches para cenar y nos sentamos en el salón.

—Te voy a echar mucho de menos esta noche —dije poniendo cara de tristeza.

—Será porque quieres —sonrió.

—¿Te raptó?

—Claro —rio.

—Lo malo es que las leyes de aquí me parecen muy duras —reí.

—Me puedo quedar, no les dije cuando volvía, solo que pasaría pocos días fuera —me sacó la lengua y me sentí el hombre más feliz del mundo—, además, tengo la tienda abajo, mañana puedo bajar directamente a trabajar —sonrió.

—Me encanta esa idea —me acerqué más a ella y la besé.

Tras la cena nos echamos en el sofá, era tan ancho que estábamos de lo más cómodos, puse un cojín en cada cabeza y nos pusimos mirando el uno hacia el otro.

Nos estuvimos un rato besando, bromeando, hablando y luego nos fuimos a la cama.

Ella entró con una camiseta, al final le gustaba eso de sentirse casi en libertad, pero antes de tumbarse se la quitó, yo la quería así, abrazarla y sentirla casi desnuda.

Se puso de espaldas a mí, y me pegué contra ella, la rodeé por la cintura y nos quedamos dormidos así. Yo tenía ganas de más, pero la veía tan agotada del viaje, que lo pensé dos veces, así que decidí dejarla descansar plácidamente.

Tenía la sensación de haber encontrado la felicidad, después de tanto pensarla y buscarla la tenía ahí, por nada del mundo quería perderla, no me podía permitir ese lujo, la quería en mi vida para siempre y a pesar de todo lo que nos separaba, iba a luchar para que nada fuera un impedimento.

# Capítulo 11



Zaida

Desperté y me miraba sonriente, me pegué a él ruborizada, me imponía mucho, pero lo deseaba más que a nada en el mundo, me daba mucho miedo el día que él, se tuviera que ir, no sabía si esto terminaría aquí, pero me quedaría echa un trapo, aunque con el más bonito de los recuerdos, porque yo lo amaba con todas mis fuerzas.

Lo besé y me fui a la cocina, me intentó parar, pero no lo dejé.

—Allí te espero mientras preparo el desayuno —reí.

Y eso hice, ir a prepararlo, él no tardó en llegar y se puso detrás de mí, abrazándome.

Él no se podía imaginar lo que me hacía sentir, si en esos momentos me pidiera que me fuera con él para siempre, lo dejaría todo y me iría, se estaba convirtiendo en algo muy difícil de quitar de mi vida, mi primer amor, mi primer momento, lo era todo para mí.

Sergio

Tras el desayuno se fue a trabajar, quedamos que a las dos subiría a comer, así que yo aproveché para dar una vuelta, comprar algo de comida y volví rápidamente para ponerme a prepararla.

Sobre las doce, unos golpes acelerados en la puerta me hicieron asustarme, al abrí era Fátima.

—Corre le dio el cólico y se desplomó.

Salí precipitadamente y entré en la tienda, el chico del bar le sujetaba la mano, estaba desfallecida sobre la silla, le fui hablando y fue volviendo en sí, la suerte fue que había una farmacia al lado, le dije a Fátima que le echara aire en la cara y la dejara en la posición que yo le había dicho.

Entré y enseñé mi tarjeta que me acreditaba como médico, me dio todo lo que le pedí y volví junto a ella, la ayudé a incorporarse y me la llevé a la casa.

Le puse un gotero con lo necesario y me senté junto a ella, me partía el alma verla con ese dolor.

Conseguí estabilizarla, pero yo sabía que eso podía traerle consecuencias, quería saber hasta qué punto tenía ese cálculo o piedra, podría haber hecho ya ese material, aunque la anterior vez era arenilla, pero no lo había expulsado, esa recaída me hacía presagiar que no lo había hecho.

Vomitó y fue al baño a orinar, volvió diciendo que le había salido un poco de sangre era normal en esas circunstancias.

Comenzó a ponerse bien después de un buen rato, le dije que tenía que beber mucha agua, pero que me encantaría llevarla a España y ver de primera mano y con los medios necesarios, que le pasaba y como estaba esa piedra en caso de haberse formado.

Los tíos aparecieron un rato después, se habían enterado y sabían que estaba en mis manos, cosas que les tranquilizó de cierto modo.

—¿Qué deberíamos de hacer? —preguntó su tío preocupado.

—Si la tuviese en España, le haría todas las pruebas y la pondría en tratamiento hasta expulsarla, pero aquí no tengo los medios necesarios para hacerlo, solo puedo cortarle el dolor.

—Pagaré lo que sea —dijo el tío—. Si tiene que ir a España a curarse, que lo haga, nos fiamos de ti —sonó seguro y decidido.

—No hay que pagar nada, además, el tratamiento se basará en el control para que el dolor esté presente el menos tiempo posible, se trata con analgésicos y antiinflamatorios fuertes, pero allí la puedo controlar mejor, si hay complicación yo puedo estar presente en todo.

—Hazlo, yo te lo pagaré de algún modo —decía preocupado—. Allí tiene familia, se puede quedar.

—En mi casa también, prometo cuidarla —tras decirlo me quedé un poco con miedo a su respuesta.

—Lo sé, solo quiero que no te veas en ninguna obligación.

—Tranquilo...

Zaida escuchaba y nos miraba, estaba muy decaída, se sentía mal, aturdida, un cólico dejaba el cuerpo hecho polvo.

—¿Como volveréis en barco o en avión?

—Voy a mirar avión, es más rápido y cómodo, en barco tendremos siete horas para llegar en coche hasta Tánger, luego la navegación y luego dos horas hasta Sevilla, en una hora y media en avión ya estamos en mi casa.

—Yo pago los vuelos.

—No, para nada, ahora miro, intentaré que salgamos lo antes posible, quiero que la vean unos especialistas antes de que le vuelva a dar.

Miré en el móvil y por suerte había un vuelo a las siete de la tarde, lo reservé, los tíos fueron a su casa a preparar todo lo que ella les había pedido para llevarse, regresaron a las cinco y nos acercaron al aeropuerto.

—Confío en ti —me dijo su tío abrazándome—. Espero que se recupere pronto y que nos tengas al tanto.

—Tranquilo, así será.

Zaida se despidió, pero aún estaba aturdida y cansada, cuando subió al avión, en el vuelo se volvió a echar a dormir, aterrizamos en Sevilla y un taxi nos llevó a mi casa.

Ella alucinó al verla, pero estaba mal, tenía mal cuerpo y la acosté, por la mañana la llevaría al hospital y hablaría con mi compañero, especialista en ello.

Desperté y estaba en el baño vomitando, fui corriendo, esperé a que se le pasara y la ayudé a vestirse.

Tomé un café precipitadamente, a ella por supuesto no le di nada.

Llegamos al hospital y mis compañeros pusieron de su parte al momento, análisis de sangre, le miraron el abdomen y le hicieron una tomografía.

Me dijeron que solo era arenilla, pero la tenía que expulsar toda, me dieron un tratamiento y me recalcaron lo que ya sabía, el tema de las comidas, volveríamos la semana siguiente si todo seguía bien y no teníamos que acudir antes. De todas formas, yo me llevé todo lo necesario por si le daba de nuevo, poder cortarle el dolor al momento con los goteros.

Se le veía débil, sin fuerzas y eso me partía el alma.

Salí a hacer la compra y la dejé allí descansando, aproveché para llamar a mi madre y tomar un café con ella, era muy comprensible, así que le tuve que contar toda la historia sin saltarme

nada, ella me abrazó emocionada, solo estaba preocupada por qué Zaida estuviera bien.

Regresé a la casa con ella y Zaida al verla, se puso nerviosa, sonreía, pero podía ver el rubor en su cara, pero rápidamente se tranquilizó al ver que mi madre la recibía con los brazos abiertos y le mostraba todo su apoyo, además de la preocupación por lo que le estaba pasando.

Mi madre era médica también, hacia un año que se había jubilado, tenía sesenta y tres, pero se conservaba muy bien y tenía un aspecto mucho más jovial.

Mi padre, retirado también, había sido piloto de una buena compañía internacional, pero estaba este día en una reunión de amigos, que quedaban una vez al mes, así que mi madre pasó el día con nosotros e incluso le hizo una sopa de verduras riquísima y estuvo muy pendiente de ella.

Ese día nos acostamos temprano, ella estaba agotada, yo sabía cómo eran los cólicos y el decaimiento que daba sufrir uno, así que quería que, sobre todo, estuviera descansada y tranquila.

## Capítulo 12



- Buenos días —sonreí y me acerqué al verla aparecer por la cocina —¿Mejor?  
—Sí y estoy hambrienta —gimió de placer al ver el desayuno, se acercó y me abrazó.  
—Pues, poco a poco, no te voy a dejar que hagas una locura —levanté la ceja y la besé.  
—Perdona por todo —dijo con tristeza acurrucada a mí.  
—¿Qué dices? Ni te preocupes, haría lo que fuera por ti.  
—No sabes cuánto valoro todo —su tono sonaba a triste.  
—Ahora vas a desayunar lo que yo te ponga y nos vamos a ir a que te dé el aire, una vuelta no te vendrá mal.

—Vale.

Hicimos eso, desayunamos y nos fuimos a pasear por Sevilla, luego nos encontramos para comer con mis padres, así conoció a mi figura paterna, que era quien faltaba, pero la recibió de lo mejor. La trataron como si ya fuera mi prometida y eso es lo que yo deseaba, pero me daba miedo a hablar de futuro, algo me decía que habría algún, “pero” ...

Paseamos tras la comida y luego nos despedimos, nosotros volvimos a la casa, no quería cansar mucho más a Zaida.

—Sergio, me siento una intrusa —dijo con tristeza al sentarse en el sofá.

—No digas eso, jamás —le agarré las manos.

—Es que vinimos de forma precipitada y es como si me hubiera metido en tu vida sin previo aviso.

—Zaida, en mi vida entraste el día que te vi en el hospital, por eso mi búsqueda en tu país, así que no digas eso. Tenerte a mi lado, me hace sentir el hombre más feliz del mundo.

—Pero no en esta situación en la que estoy hecha una porquería.

—Pues eres mi porquería —reí abrazándola—. Ahora en serio, no te preocupes por nada, me hace muy feliz estar a tu lado.

Lagrimé y la abracé con fuerza, la eché sobre mí y vimos un rato la tele, hasta que luego a la hora de cenar le di un caldo y nos acostamos, estaba loco por volverla a sentir mía, pero no me atrevía a tocarla, la veía débil y, ante todo, quería que se recuperara.

Por la mañana no estaba en mi cama, fui a la cocina y ahí estaba, escuchando música latina y preparando el café y unas tostadas.

—Buenos días ¡Pero bueno!, que bien te veo —la abracé.

—Buenos días, Sergio, me levanté genial, ni yo me lo creo.

—No vayas a tomar café aún, por favor —le imploré.

—Yo un zumo —me hizo un guiño —¿Qué planes hay para hoy? —preguntó de forma divertida.

—Ninguno, vamos a improvisar —la pegué a mí y la besé con fogosidad.

—¿Sabes?

—Dime, guapa.

—Tengo ganas de ir a una playa —se echó a reír.

—Pues mañana tiramos rumbo a Huelva o a Cádiz, tendrás playa, espero que no te me pongas de nuevo mala —arqueó la ceja.

—¡Me encanta! —aplaudió emocionada.

—Una pregunta, cambiando de tema... —Me senté —¿Tú no rezas?

—No —se encogió de hombros—, hace mucho tiempo que dejé de hacerlo.

—Es extraño con lo a rajatabla que lleváis la religión.

—Ya, pero, digamos que estoy en un punto de esos de rebeldía, no encuentro mi lugar en ese tema a pesar de que me la hayan inculcado de forma tan estricta.

—¿Rebeldía?

—Bueno, digamos que creo, pero no practico, hay algo que me hace ver que las personas en el mundo estamos equivocadas, que se puede creer, pero no a rajatabla.

—No imaginaba que pensaras así...

—El velo lo llevo por respeto y tradición, además, me encanta lucirlo en mi pelo dejándolo caer —arqueó la ceja.

—Estás preciosa de todas maneras —en casa nunca lo usaba y cuando fuimos a urgencias de mi hospital tampoco lo llevó, pero yo no me metía en eso, se lo podía poner y quitar cuando quisiera, para mí era libre de decidir lo que hacer en la vida.

—Gracias —sonreí feliz.

Desayunamos y luego nos preparamos para salir, hacía un calor de espanto, estuvimos paseando un rato y haciendo unas compras, tuvimos que refugiarnos de seguida en la casa.

—Y yo digo que en Marrakech hace calor... —resopló riendo.

—Cuando no se vive en la costa, es lo que hay —le di una palmada en el culo.

—Me voy a poner fresquita —dijo marchándose al dormitorio.

Me puse a colocar lo que habíamos comprado, a pensar en todo, como era mi vida antes de irme y la de ahora.

Antes era feliz, había conseguido mi carrera, mi puesto de trabajo, mi piso nuevo en una buena zona, vivía tranquilo...

Ahora estaba doblemente feliz, tenía todo lo anterior y a ella, que conseguía mantener mi sonrisa de forma permanente.

—Yo tengo mucha hambre —salió riendo poniéndose la mano en la barriga, con una camiseta de tirantes larga, sin nada debajo.

—Él que tiene hambre soy yo —la agarré y la pegué a mí.

—No puedo hacer nada sin prescripción médica —dijo con sorna.

—Ah bueno, sí es así, sin problemas, tengo algún contacto por ahí que nos dará la prescripción —la subí a la mesa del salón y me puse entre sus piernas.

Metí las manos por debajo de la camiseta y la pegué a mí, se agarró a mis hombros y soltó el aire, el contacto con mi miembro la había hecho reaccionar.

Le quité la braga.

—Te esperas aquí, sin moverte —dije señalándole con el dedo mientras sonreía.

—Por supuesto —abrió sus piernas a modo de provocación, pero con ese rostro avergonzado que tanto me gustaba.

Me puse un preservativo y regresé, la penetré con cuidado, aún me parecía demasiado frágil,

lo hicimos y veía en su rostro como disfrutaba cada vez más, se dejaba llevar, tenía menos tensión entre sus piernas y eso me volvía loco.

Terminamos de hacerlo y no la dejé moverse, le pedí que me esperara, me limpie y regresé, la cogí en brazos y me la llevé al sofá, la senté en mi regazo, de espaldas a mí, la dejé caer hacia atrás y puse mi mano en su zona más sensible, comencé a tocarla y gimió de placer rápidamente, la toqué con ligereza y presión hasta que cayó hacia un lado rendida ante ese orgasmo.

Me tiré a su lado tocándole la barriga, sonriente, de verla de esa manera tan sensual, con ese cuerpo que hacía que me perdiera en él. La abracé mucho, era la mujer que siempre había soñado y ahora tenía mucho miedo de enfrentarme a un futuro entre dos continentes y que eso nos complicara las cosas.

—Vamos, que tengo que hacer la comida —la levanté en brazos.

—Hoy quiero comer mucho —protestó siguiéndome.

—Zaida voy a hacer un poco de verdura con filetes de pollo a la plancha, no quiero que te comas nada que te pueda provocar un cólico.

—No me puedes tener hambrienta —volvió a protestar.

—Eso no es hambrienta, eso es comer sano —volteé los ojos.

En ese momento sonó su móvil y se puso a hablar con su tío, le decía que estaba mejor y que en cuanto le hicieran el resto de pruebas, volvería.

Yo me iría con ella, lo tenía claro, me quedaban dos semanas por delante de vacaciones y las pensaba aprovechar al máximo, me negaba a no está un día a su lado, solo de pensarlo, me derrotaba los ánimos.

Terminó de hablar y la noté triste, cabizbaja y no quise decirle nada, esperaba si se quería desahogar que lo hiciera por ella misma.

—Mi tío ya me está preguntando que cuando vuelvo —dijo con tristeza.

—Sí, te escuché responderle.

—No quiero ni pensar —suspiró.

—Yo voy contigo, me quedan dos semanas más de vacaciones a partir de tus pruebas...

—¿Te quedarás allí?

—Zaida, no lo dudes —la abracé y moví con cariño hacia los lados.

—No quiero pensar —su tono era muy triste.

—¿Estás bien? —pregunté.

No contestó y eso me preocupó, pero no quería agobiarla, seguía pensando que ella sola tenía que soltar sus cosas, sus miedos, mejor que ella, nadie conocía su situación familiar.

Comimos y veía tristeza en sus ojos, eso me tenía mal, quería interpretar sus gestos, era como si algo le agobiara y no fuera capaz de decirlo.

Pasamos la tarde viendo una peli y por la noche salimos a cenar a la calle, ella siempre buscaba mi mano, el contacto conmigo, me la cogía y se la ponía por encima del hombro, me hacía mucha gracia, me encantaba que se sintiera así.

Volvimos a casa, ella estaba muy ilusionada con la idea de ir al día siguiente a la playa.

## Capítulo 13



Su cuerpo era como un imán, nada más despertar, necesitaba abrazarla y sentirme dentro de ella, cosa que parecía que Zaida, también necesitaba.

Lo hicimos de esa manera tan carnal, tan de verdad, con sentimientos que se transmitía a través de nuestros cuerpos y miradas.

Mientras conducía para llegar a la playa, la miraba de reojo. Estaba emocionada, con una enorme sonrisa en su cara.

—¿Tienes ganas de llegar?

—No veo la hora, me encanta la playa —dijo mirándome, con los ojos brillantes. Parecía una niña pequeña que iba a visitar, por primera vez, un lugar nuevo.

No era así, pero me gustaba esa capacidad que tenía de hacer de cada momento algo especial, sobre todo, de esa armonía que mantenía en todo momento. Era una persona muy fácil de llevar, donde no buscaba más que la paz y felicidad entre nosotros.

—Ya casi estamos —dije guiñándole un ojo y riendo, cuando la vi tocar las palmas.

No tardamos mucho en llegar y pronto estábamos tumbados en un par de hamacas que alquilé, con nuestras bebidas servidas y disfrutando del sol en nuestra piel.

Tenía un cuerpo precioso y ese bañador negro le quedaba de escándalo. La mente se me fue y la imaginé teniéndola entre mis brazos...

Ella y compartir cada momento, era la perfección. A eso se le podía llamar felicidad.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupada, al notar mi silencio.

—Sí —mentí—. Solo pensaba.

—¿Se puede saber en qué?

—En que me gustaría repetirlo —era la verdad, no iba a mentirle.

Ella dejó de mirarme y fijó la mirada en el mar, quedándose pensativa.

—A mí también —dijo con un susurro casi inaudible.

Lo haríamos, volvería con ella. Pero tampoco sabía por cuánto tiempo podríamos mantener las cosas así.

Noté que se quedó seria y no quería eso.

No quería que estuviera triste, no era eso lo que estaba buscando. Quería disfrutar al máximo cada minuto que estuviera con ella. Quería verla sonreír.

—Vamos —me levanté y le ofrecí mi mano.

—¿Adónde? —pestañeó, bromeando, como si fuera a resistirse.

—A probar el agua o acabaremos como un salmonete.

—¿Qué es eso? —rio, me dio la mano y me acompañó.

—Un pez rojo.

Soltó una carcajada y yo reí.

—Yo no creo que acabe así.

—Ya —reí, con su tono de piel no terminaría de esa manera—, pero yo ya te digo que sí —resoplé, bromeando y disfrutando de cuando se agarró a mi brazo, mientras la risa se apoderaba de ella.

Llegamos a la orilla y retrocedí cuando el agua helada me tocó los pies.

—Demasiado tiempo al sol —rio y dejándome allí, corrió para tirarse, de cabeza, al agua.

Pues nada, suspiré, me tocaba demostrar que era capaz de hacer lo mismo. Cosa que, por cierto, odiaba, yo era más de entrar poco a poco.

Que aquello era pleno Atlántico, por Dios.

Pero yo no era un cobarde, así que...

—¡Joder! —me quejé cuando saqué la cabeza, estaba helada.

—Exagerado —rio ella.

—¿Exagerado? —Me acerqué, amenazante y juguetón.

—No —me advirtió, pero la sonrisa en su voz...

—Ya te digo yo, que sí —la alcancé rápidamente y la metí debajo del agua.

Se convirtió en una guerra entre los dos, las risas llenando el ya, de por sí, ruidoso ambiente de ese día.

—Ven aquí —tiré de ella y la abracé, disfrutando de su cercanía—. Me encanta tenerte así —le di un beso en la frente y la pegué, por completo, a mi cuerpo.

Ella puso los brazos alrededor de mi cuello y sonrió al mirarme a los ojos.

—A mí también me gusta —le di un beso en los labios y disfruté de la sensación de sentirla tan cerca, quería tenerla así siempre—, pero eso en privado —me guiñó un ojo y se separó de mí.

No podía dejarme con ganas de más, pero eso era lo que yo creía. Sí que lo hizo, estuvo todo el día provocándome y sin dejar que la tocara.

Ella reía, yo no veía la hora de tenerla solo para mí. Necesitaba sentirla cerca, mi piel con la suya, pegada a mí...

—¿En qué piensas?

—En que me estás matando —estaba boca abajo en la hamaca, mis ojos no pudieron evitar ir a su trasero.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

La miré con los ojos entrecerrados, al parecer, era la reina del juego o le gustaba torturarme.

—¿Qué tal si dejamos la playa por hoy y te tengo donde realmente quiero?

—¿Y dónde sería eso? —sonrió con picardía.

La levanté de la hamaca y la puse de pie, frente a mí, besándola como necesitaba en ese momento.

—¿Entiendes cómo? —Le guiñé un ojo.

Ella sonrió y me miró.

—Creo que es hora de irnos.

Y aunque el camino fue largo, o eso me pareció a mí, llegar a casa y tenerla entre mis brazos, sentir su piel junto a la mía, mientras le demostraba sin palabras lo que sentía por ella y lo que ella provocaba en mí, era lo que necesitaba.

Nos quedaba un tiempo para estar juntos, para disfrutar de ella y de ese país que tan hondo me había calado.

Allí me sentía diferente, era otro mundo.

Era todo: la gente, los olores, los lugares, la música...

Aquel lugar era diferente, me notaba completamente libre. Y no veía la hora de volver a pisar el país que se había ganado, rápidamente, un pedacito de mi corazón.

Ahí, la sensación, era de que uno podía respirar. Como si el reloj se parase y me sintiera, de verdad, vivo.

Algo difícil de explicar, había que vivirlo para entenderlo.

Tras hacerle el amor y disfrutar de cada parte de su cuerpo, besándole cada rincón, haciéndola suspirar y haciéndola gemir, la abracé y besé su cabeza.

—Me encanta tenerte así —suspiré.

Me encantaba todo. Todo lo que tuviera que ver con ella.

Ella levantó la cabeza y me miró.

—A mí me encanta estar contigo —dijo sonriendo.

—Entonces tendremos que arreglar eso.

—¿Qué? —preguntó sin entender.

Me callé y la besé. Para mí era evidente. Habría que ver cómo hacer para que esos momentos no dejaran de repetirse, pero no tenía que pensar en eso ahora.

Zaida estaba allí, entre mis brazos y mis pensamientos volaron rápidamente a eso. A centrarme en ella, a adorar su cuerpo, en expresarle con cada roce en su piel, todo lo que me hacía sentir.

Todo lo que ella significaba para mí.

## Capítulo 14



Habían pasado cuatro días en los que habíamos paseado, además de pasar grandes momentos en la casa.

Le habían repetido las pruebas y estaba genial, ni rastro de nada y ahora estábamos de vuelta hacia Marrakech, donde disfrutaría de los últimos días de mis vacaciones.

Había vuelto a coger la casa que dejé cuando vinimos a Sevilla, a la llegada me darían de nuevo las llaves, me sentía mejor en ese apartamento, con más libertad para estar con Zaida.

Aterrizamos en Marruecos, en Marrakech, de nuevo volví a sentir los olores, las sensaciones, todo aquello que me transportaba a otro mundo, a otra forma de vida, a otra paz, aquello era un imán, sin duda que lo era.

Dejamos las cosas en el apartamento y la acompañé a casa de sus tíos, nos recibieron felices, pero yo noté algo raro, me daba la sensación de que pasaba algo que no me querían contar o no creían conveniente hacerme participe.

Esa noche se quedó con ellos, nos despedimos quedando en vernos al día siguiente en el apartamento, me fui con una sensación de tristeza increíble, esa noche la eché mucho de menos.

Por la mañana me levanté temprano, bajé por pan y a comprar varias cosas que me iban a hacer falta en la casa, a las nueve estaba de vuelta y preparé el desayuno.

Un rato después apareció Zaida, traía el rostro pálido, se quitó el velo y lo tiró sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? —pregunté viendo cómo se sentaba en la silla y se echaba a llorar —Eh... ¿Estás bien? —me puse en cuclillas rodeándole.

—No —me miró llorando—. Mi tío...

—¿Qué le pasa?

—Dice que si tengo una relación contigo debo abandonar su casa, que me han dado la libertad que necesitaba, pero que por nada del mundo van a permitir que me siga viendo con alguien que no es de nuestra religión.

—¿Me estás diciendo eso, en serio? —pregunté incrédulo.

—Sí, por lo visto llegó a oídos de sus hermanos y todos armaron un revuelo, quieren que decida, o tú o la familia —no dejaba de llorar.

Le metí un golpe a la mesa y la asusté, fue sin querer, me puse las manos en la nuca y me asomé por la ventana.

Maldecía las religiones, las tradiciones, la desigualdad producida por el hombre, lo maldecía todo.

La cogería y me la llevaría a España sin pensarlo, pero ¿quién era yo para separarla de esa familia que la sacó hacia delante? ¿Quién era yo para destruir esos lazos? Se me saltaron las lágrimas y escuché que se levantó, se acercó a mí y puso su mano en mi hombro.

—Lo siento, Sergio, lo siento... —dijo llorando.

Me giré y la miré.

—No sé qué hacer... —dije derramando unas lágrimas.

—Has hecho por mí más que nadie en este mundo, me has demostrado que se puede amar libremente y ser feliz, pero yo pertenezco a otra cultura, aunque no rece, le debo el respeto por mis padres, por haberme cuidado como si fuera su propia hija. No puedo hacerle esto a mi familia —decía llorando.

—Lo sé, lo entiendo...

—Me tengo que ir —decía rota de dolor, me dieron media hora para tomar una decisión —dijo rompiendo mi alma y la abracé con todas mis fuerzas.

—Sé feliz, se muy feliz, yo vine a buscarte y te encontré, no me esperaba tanto, pero quiero que sepas que todo lo que pasó entre nosotros, era desde el amor de un hombre, desde los sentimientos más sanos y bonitos del mundo, solo deseo que seas feliz —dije derramando mil lágrimas.

Se fue llorando cerrando la puerta de un portazo, llevándose un trozo de mi vida, arrancándome el corazón en un solo momento. Me senté en el suelo, tras la puerta, llorando sin consuelo, roto por ese dolor tan grande.

Me quedé todo el día encerrado, aferrado a una idea que me daba miedo, pero con la esperanza de que algo cambiara, pero no fue así, ni al día siguiente, dos días en esa casa sin salir y sabiendo que tenía que volver, que todo había acabado y que aquello era imposible de resolver.

Cogí el primer vuelo que me dieron, cuando despegó me eché a llorar, no pude contenerme, en Marruecos se quedaba mi vida, mi amor, una gran parte de mí que sabía que jamás iba a volver a recuperar.

## Capítulo 15



Después de muchos días de soledad y de dolor, llegó el momento de incorporarme al trabajo, los compañeros me miraban asombrados por los kilos que había perdido, por el mal aspecto que lucía, pero así estaba yo, muerto en vida.

Ese día estaba de mañana, sin guardia, salí a las dos y me fui a comer con mi madre por la ciudad.

—Hijo, no quiero verte así, das pena.

—Mamá, estoy bien, solo perdí unos kilos y los ánimos, pero todo volverá a ser como antes, es cuestión de tiempo.

—Pero me parte el alma...

—Mamá, a mí también ¿crees que quiero estar así?

—Por supuesto que no, hijo, pero quiero ayudarte.

—No hay ayuda que valga, solo es cuestión de tiempo y de asimilar todo lo sucedido.

—Me duele tanto que os hayan partido la vida a ella y a ti...

—Y a mí, no sabes cuánto, parecían que estaban contentos conmigo, no sé, jamás entenderé que antepongan una tradición a la felicidad de ella.

—Yo tampoco lo entenderé y a ella se le veía igual de ilusionada, es una buena persona.

—Lo es, de eso no tengas duda, es la mejor persona y se entregó a mí con todo su ser...

—No va a ser feliz en la vida.

—Yo espero que sí, que al menos conozca a alguien de su cultura y se enamore, yo quiero que sea feliz —derramé unas lágrimas.

—Lo sé hijo, pero tú también necesitas serlo.

—No creo que tanto como fui con ella, pero bueno, la vida se encargará de poner todo en su sitio.

—Come, hijo —señaló mi plato y lo hice con desgana, pero no la quería preocupar.

Tras la comida me fui a casa, me cambié y salí al gimnasio, tenía que soltar todo de alguna manera, así que me propuse a mí mismo, darme un poco de caña todos los días.

Las noches era lo peor, en mi cama sentía una sensación de frialdad y vacío, que decaía a mi alma.

Comencé esa rutina todos los días, trabajar, gimnasio y pasear un rato, así pasé los dos primeros meses desde la vuelta a mi trabajo, volví a recuperar esos kilos perdidos, pero no la ilusión, no había un segundo de mi vida que no me acordara de Zaida, o que todo me recordara a ella.

Ese día era un viernes, de octubre, el fresco se podía sentir por las noches, habíamos quedado para salir dos compañeros y yo, así que estuve en el bar que habíamos pactado como punto de encuentro.

Me compré un paquete de tabaco, y eso que no fumaba, solo lo había hecho en alguna ocasión especial, alguna boda, comunión o similares, pero ese día quería tres cosas, beber, fumar y olvidarme del mundo, ese que tanto daño me hacía.

Luis y Manuel, se habían divorciado recientemente, pero lo habían superado bien, así que estaban de lo más animado en una de sus primeras salidas de soltero, estaban al tanto de toda mi historia y habían sido un apoyo importante en el hospital y en mi día a día.

Nos pedimos un vino, con un tapeo, un poco de jamón, queso y unas patatas chips, nos pusimos en la terraza.

—Esta noche deberían de aparecer por ahí, tres chicas Playboy y regalarnos una noche mágica —dijo Luis, fantaseando y provocando una risa en nosotros, aunque era lo último que yo deseaba, pero me hacía gracia el desparpajo y las cosas que decía.

—Reza por que pasen tres divorciadas en bata y que se fijen en nosotros —le respondió Manuel, muerto de risa.

—Desde luego que sí, que dejas el listón a la altura de los suelos —reprochó negando Luis.

—A mí no me miréis —levanté las manos.

—No, lo tuyo es de veinticinco años, lo tienes complicado campeón —me dio un golpe en el hombro y se echó a reír.

—Calla, calla —negué con la cabeza.

—De veinticinco y de otra cultura, sí es que picaste muy alto.

—Luis, come y calla —dije a punto de meterle la cabeza en el plato y di un trago al vino, me lo bebí de un trago.

—Tranquilo, solo intentaba animar el cotarro.

—Déjalo, tú bebe que, calladito estás más guapo —dijo Manuel.

—Efectivamente —reafirme.

—Desde luego que da pena veros —negó con la cabeza.

—¿A mí? —preguntó Manuel.

—Sí, a ti también —dijo de forma chulesca comiendo un trozo de queso.

La verdad es que al único que daba pena mirar era a mí, que no había palabra que no saliera sin su tono triste, aquello era doloroso, ni el tiempo había curado lo más mínimo del dolor que llevaba soportando en mí.

Esa noche todo me daba vueltas, llegué a mi casa a las cuatro de la mañana, con el último cigarro del paquete en la boca y tardando diez minutos en conseguir meter la llave en la cerradura.

Me acosté llorando, borracho, pero roto por el dolor, no había nada que me consolara, tenía su rostro en mi mente, todo el tiempo.

## Capítulo 16



Era primero de diciembre, ya se palpaba el aire navideño en las calles...

El dolor ya no era tan intenso, no había hora que no me acordara de ella, pero dejé de ahogarme, es increíble como todo, poco a poco, se comenzaba a sobrellevar y no era por qué no la siguiera amando con toda mi alma, pues el amor que sentía, seguía siendo igual de fuerte.

Era sábado por la mañana, había quedado con Luis, seguíamos saliendo a tomar algo, pero ya, siempre de día, la noche no era para nosotros. Manuel se lió con una enfermera y lo perdimos de vista fuera del hospital, lo había abducido.

Luis, había superado del todo la separación de su mujer y ya había tenido algunos encuentros sexuales con alguna que otra chica, mojaban todos menos yo. Me reía solo de pensarlo y no porque no me salieran oportunidades, es que yo no daba pie a ello, no me apetecía meter en mi cama a alguien y estar pensando en Zaida.

Era la una de la tarde y ahí estaba, en un bar junto una mesa alta y un calefactor de los que ponían en las terrazas entre las mesas, para estar calentitos en esos días tan fríos.

—Has tardado en pedir —le di un abrazo y miré hacia la mesa donde ya había un vino y unas tapas.

—¿Para qué perder el tiempo? —sonrió.

—Desde luego, tienes razón —cogí la copa de vino.

—¿Cuántos días de vacaciones tienes estas navidades?

—Del veintitrés al cinco de enero, junté muchas guardias por días —sonreí.

—Joder tío dos semanas, yo tengo del veintinueve al tres, no hice el esfuerzo de juntar días —rio.

—Yo necesitaba trabajar, era la única forma de relajar la mente un poco.

—Y ahora que la tienes relajada, te coges dos semanas, eso está bien, vas a disfrutar más. ¿Tienes pensado algo?

—Nada, por ahora quedarme aquí, comer y cenar con mis padres los días señalados, los demás pasear, compras, relax en casa que no está mal, poco más, lo típico de las fiestas.

—Lo mismo que yo, pero trabajando algunos días —rio.

—Bueno, tampoco está mal, ya nos pegaremos algunos días como estos.

—Hombre, eso no puede faltar —me dio una palmada en la espalda.

—Otra así y me como las tapas de golpe ¡Qué barbaridad!, lo bruto que eres.

—Y eso que no voy al gimnasio —dijo con sorna.

—Mejor, mejor —negué riendo.

—Una cosa, hace mucho que no te pregunto por no urdir en la llaga, pero ¿supiste algo de Zaida?

—No —suspiré —El Facebook lo quitó y el wasap, cambia la foto de vez en cuando, siempre

de cara y seria, nunca sonrío, pero poco más, no me habló nunca.

—¿Y nunca te dio por escribirle?

—Miles de veces, todos los días, pero no me atrevo, no quiero ponerla en un aprieto.

—Qué triste debe ser vivir así.

—Ya, pero ella lo decidió y yo no soy nadie para arrancarla de sus raíces.

—¿Y si nos cargamos al tío? —bromeó.

—Lo he pensado, pero voy a la cárcel y cuando salga ya está Zaida casada y llena de hijos —reí—. Mejor lo dejamos vivito y coleando.

—Sí, mejor lo dejamos tomando té.

—No sabes lo bueno que están los tés, allí —me vino hasta su olor.

—Hay que tener dos cojones bien puestos, para conocer a una paciente de Marruecos e irse a buscarla, te juro que esto no se me olvidará en el mundo, te luciste Sergio —dijo riendo.

—Yo lo pienso y se me fue la olla, pero por vivir lo vivido lo haría mil veces.

—Yo quiero conocer eso del desierto, sé de mucha gente que fueron a Marruecos y aprovecharon para pasar dos o tres días en el desierto.

—Es una pasada, las noches, la paz, el amanecer desde la gran duna, los desayunos, era todo, dormir en ese silencio abrumador, donde se escucha como un silbido de la arena, es indescriptible.

—Vámonos a pasar el fin de año, no hay huevos...

—¿En serio?

—Yo tengo a partir del veintinueve libre, volviendo el tres, perfecto.

—¿Pero... ¿Lo dices en serio? —reí.

—Totalmente y podríamos ir dos días antes a Marrakech, tampoco me importaría conocerlo.

—Ahí no me atrevo, te juro que no, no sé si estoy preparado.

—Bueno nos vamos de relax, directamente al desierto.

—Vale, iré mirando vuelos —reí emocionado.

—Por mi vida, no me jodas, que nos vamos —me señaló con el dedo riendo emocionado.

—Prometido, la verdad es que tengo ganas de volver a sentir esa sensación de paz, sé que me recordará mucho a ella, a los momentos allí vividos, pero en cierto modo lo necesito —me sinceré.

—Pues nos vamos —cogió su copa y brindó conmigo.

Era una maravillosa locura, así lo sentía, pero tenía ganas de volver a ese lugar donde me dio los mejores momentos de mi vida.

El día lo pasamos hablando sobre ello, en breve nos sumergiríamos juntos en ese viaje a Marruecos, donde quedó una parte de mi vida.

## Capítulo 17



Y llegó el día...

Veintinueve de diciembre, las siete de la mañana y el avión despegando hacia Marrakech.

—No me lo puedo creer, en un avión y sin mujer —dijo Luis, bromeando.

—¿Es la primera vez que viajas solo sin una relación? —pregunté alucinando.

—Así es... —soltó una carcajada.

Me había hecho gracia eso, yo había viajado mucho y con casi ninguna mujer, pero claro, él estuvo casado mucho tiempo.

El vuelo fue rápido y pronto pisamos las tierras de Zaida.

Un coche todoterreno con conductor nos esperaba en el aeropuerto, lo habíamos alquilado a través del albergue donde estuve la otra vez, así que salimos directos para el sur de Marruecos, ya que nos esperaban unas ocho horas de viaje, lo bueno es que allí, era una hora menos y eran apenas las ocho de la mañana.

Ni media hora y lo obligamos a parar a desayunar, el conductor se llamaba Mustafá y era de lo más gracioso, un chico de unos cuarenta años.

—Es guapetón el hombre —dijo a mi oído, cuando paramos a tomar café.

—Lo es ¿por? —pregunté abrumado.

—Me los esperaba a todos en chilabas y no de tan buen ver —dijo extrañado —y hay cada mujer... —suspiró.

—Madre mía, desayuna y desconecta de esos pensamientos —reí.

—Hijo, te has quedado atrancado en esa relación —negó.

—Qué dices, tira, come y calla.

—¿Y si me enamoro?

—Madre mía, madre mía —volteé los ojos y se acercó Mustafá, cambiamos el tema.

El trayecto fue muy divertido, Luis alucinaba con todo, comimos por el camino y tuvo su primer contacto con el Tajín de Kefta, decía que había sido una experiencia religiosa.

—Como toda la comida del país sea como esta, muero reventado, porque esto, está de muerte.

—Te lo dije —sonreí.

—Es verdad, pero del dicho a probarlo...

—Pues no te imaginas como está todo.

—Lo que tengo es ganas de probar la sopa esa que me dijiste.

—Sí, la harira —reí.

—Eso, que nunca me sale.

El resto del trayecto era escuchando a Luis, con su hostia, hostia esas casas, hostias esos niños jugando en el barro, hostias, hostias, hostias...

Llegamos a los campamentos y nos recibieron con un té, nos sentamos fuera del albergue a

tomarlo y fumarnos un cigarro, no había vuelto a fumar, pero para el viaje compramos un paquete cada uno.

Luis estaba maravillado, tras ese momento de primer contacto fuimos a dejar las cosas a la jaima asignada, cuando vio las camas, ese baño adicional todo de madera y esa mesa, alucinó.

Cenamos y probó, por fin la harira y la pastela, estaba alucinando con los sabores, maravillado podría decir.

—Es normal, pero muy normal que una parte de ti se haya quedado en este país —decía mientras comía la pastela.

—Es impresionante como condimentan la comida.

—La verdad es que sí, estoy seguro que volveré de nuevo —rio.

—No me cabe duda —levanté la ceja.

Estaba oscureciendo y nos fuimos a una fogata que habían hecho en la arena, la gente se agolpaba alrededor con la música animada por los tuaregs.

Nos tiramos en un selfi y lo puse en el wasap, además, cambié mi estado, no creía ni que me tuviera ya entre sus contactos y menos que revisara mi perfil, pero tenía ganas de poner lo que en esos momentos sentía.

“Despedir el año y comenzar lo en el lugar donde dejé una parte de mi vida”

Ojalá lo viera, quería transmitirle que, a pesar de todo, no guardaba rencor y si muchos grandes recuerdos que seguían impregnados en mi corazón.

Después de estar un rato con el fuego nos tiramos boca arriba en la duna, escuchando la música y mirando las estrellas, cualquiera que nos viera se pensaría que éramos pareja, pero estábamos de lo más a gusto, viviendo ese momento tan impresionante, que era ver el cielo con un manto de estrellas.

Esa noche no, pero para la de Fin de Año, llevábamos tres botellas de rioja que habíamos traído de España, ya que ahí era difícil encontrar alcohol, alguna cerveza en lugares puntuales, pero poco más.

Por la mañana nos despertamos temprano y nos montamos en los camellos para llegar hasta la gran duna y ver ese momento tan impresionante que no era otro que, el amanecer en el desierto.

—¡Wala! —dijo sorprendido, al ver aparecer el sol tras la duna.

—Es impresionante...

—Es una maravilla de la naturaleza.

—Totalmente.

—Jamás imaginé que existiera un amanecer así.

—Ni yo, hasta ahora...

Ese día lo pasamos de escándalo, alquilamos unos quads, nos fuimos por las dunas y por allí siguiendo al guía que nos llevó a un lugar impresionante a comer, cocinaban bajo tierra, era un alucine.

Por la noche nos tomamos una de las botellas de rioja, en la duna, charlando, sintiendo la armonía del lugar, Luis se sentía de lo más cómodo y relajado.

—Ahora te entiendo cuando me describías este lugar...

—¿Lo ves?

—Todo el camino me di cuenta que estaba en una parte del planeta que se quedaron setenta años atrás y luego esto, es una maravilla, un lugar donde es obligatorio perderse una vez al año y coger esta energía que te da una paz para mucho tiempo.

—Así es...



## Capítulo 18



Despertamos ese último día del año sobre las ocho de la mañana, esa noche tenían preparado todo para una cena impresionante en los salones, además de luego salir todos al exterior y vivir la noche alrededor del fuego.

Desayunamos en la terraza del albergue que miraba a las dunas, sacamos de todo, Luis era muy bruto, había traído de todo, además de la jarra de zumo, el té y la cafetera de café que nos habían puesto.

Me encendí un cigarrillo mientras miraba a las dunas y me tomaba el café, no estaba fumando mucho, pero con el café me encantaba.

Un carraspeo sonó de alguien que se acercó a nosotros.

Miramos y en ese momento pensé que me desmayaba.

—Zaida... —dije en voz baja, levantándome en shock, Luis también se levantó.

—Hola —sonrió mirándonos de forma tímida y ruborizada.

—¿Viniste sola? —pregunté con un montón de dudas de verla ahí.

—Sí, vi tu estado de wasap y tu foto y algo me arrastró hasta aquí para pasar el fin de año, también.

—Siéntate, por favor —dijo Luis y yo, le aparté una de las sillas.

—Gracias.

—¿Un Café? ¿Un zumo? ¿Un té?

—Un té, por favor —sonrió.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche pero muy tarde, ya estabais durmiendo.

—Vaya... Haberme llamado.

—No, venía cansada y me acosté del tirón, estoy en la jaima que está al lado de ustedes.

—No me lo puedo creer... —Me puse las manos en la cara.

—¿Como estás?

—Una cosa —irrumpió Luis—, yo estoy super a gusto con ustedes, pero me voy a desayunar, adentro, también necesito paz y este momento lo necesitáis ustedes —dijo levantándose.

Zaida me miró y volvió a preguntar.

—¿Como estás, Sergio?

—Bueno, ahora un poco mejor —me sinceré —¿Y tú?

— **Aferrada** — dijo con tristeza.

—No sabes cuánto me duele que así sea —la miré a los ojos, esos que ahora estaban lleno de tristeza.

—Quería venir a pasar contigo el fin de año, a despedirme de una forma más justa, no como lo hicimos la otra vez.

—Te lo agradezco —aunque la palabra despedida, me volvía a partir el alma.

Miré a lo lejos y Luis, ya estaba con dos turistas charlando y desayunando en una mesa, el tío no perdía el tiempo.

Hubo unos minutos de silencio, nos mirábamos, ella suspiraba y a mí, me faltaba el aire, la vida, pero la tenía frente a mí y había atravesado el Atlas para verme.

—¿Qué le has dicho a tus tíos?

—Mi tío falleció hace un mes, de un cáncer.

—Lo siento... —contuve el aire.

—Ahora estoy arropando a mi tía este tiempo y ayudándola a tomar las riendas de la casa, es duro, pero bueno... Estos días se ha marchado a pasarlo con los niños a Fez, a casa de su hermana. A mí, no me apetecía, así que cuando vi que estabas aquí, no me lo pensé.

—Gracias por venir, me has hecho muy feliz —dije acariciando su mano y ella al notar el contacto enlazó su mano con la mía, me partía el alma la tristeza que reflejaba su rostro.

—Me alegro, tenía miedo de que estuvieras con una mujer, pero me la quería jugar, si había una posibilidad de pasar unas horas contigo, ya merecía la pena, pese al golpe que me dio la vida, para mí has sido una de las personas más importantes y no te voy a olvidar jamás —le sequé con mis dedos las lágrimas que comenzaron a brotarle de sus ojos.

Me levanté, me puse a su lado y la abracé, ella se levantó y rompió en llanto, me abrazaba con todas sus fuerzas y yo sentí que no la estaba protegiendo, que no estaba permitiendo que ella lograra su felicidad, pero por respeto a todo, me tuve que apartar.

Volvimos a sentarnos y desayunar, me estaba contando sobre la tienda y yo un poco de mi vida después de ella.

Parecía que mi mundo se había parado en ese momento, en el que ella apareció, no tenía cabeza para pensar en nada más que en ella, a la que tenía delante y a la que seguía amando con todas mis fuerzas.

Tras el desayuno nos fuimos a pie de duna a sentarnos, ella estaba preciosa, con el pañuelo que yo le regalé y los labios pintados de rojo, unos jeans y un jersey de lana que le quedaba muy bien.

En ese momento solo quería besarla, pero no podía hacerlo, no podía intentar volver a remover en ella eso, no quería hacerle daño por nada del mundo, demasiado agradecido estaba de que ahora ella, fuera la que me había buscado a mí, no encontraba mejor forma para terminar el año.

A lo lejos veía a Luis con las chicas de lo más animado, cosa que me parecía genial.

—Tú amigo está en su salsa.

—Totalmente y no con una, sino con dos —reí y ella también.

—Ya te digo, está viviendo un sueño —reí, mirábamos hacia el albergue desde los pies de la duna, estábamos sentados de piernas cruzadas.

Se acercó uno de los chicos de allí, con dos tés y los puso sobre la arena, le dimos las gracias, la verdad es que estaban atentos a todo el mundo.

—¿Te volvió a dar algún cólico?

—No —sonrió.

—Eso está genial.

La timidez de cuando me hablaba me hacía volcar el corazón, su tono de voz, su mirada, todo me llamaba mucho la atención.

—¿Hasta cuándo os quedáis? —preguntó mirándome con una sonrisa que se me iban los ojos a

sus labios.

—Hasta pasado mañana, salimos hacia Marrakech y por la noche nos quedaremos en un hotel cerca del aeropuerto, ya que, el vuelo sale el tres por la mañana. ¿Y tú?

—Si no os molesto, me quedaré con ustedes mañana también y vuelvo pasado.

—Zaida... —La cogí de la mano y me la llevé a los labios, la besé con ternura —Jamás molestas.

—A la vuelta, si queréis, podéis venir conmigo en el coche.

—Por supuesto, no te dejaré volver sola —le hice un guiño.

Le tenía la mano agarrada y se echó a mi pecho, sentí en ese momento que buscaba mi protección, cariño, contacto. Me moví y me senté detrás de ella, la rodeé por el pecho y puse mi cabeza en su hombro.

—No sabes lo contento que estoy de qué estés aquí.

—Y yo de que hayas escogido este lugar para estos días y que, sobre todo, me hayas permitido estar con ustedes, aunque tú amigo no sé si me da pena por habernos dejado a solas, o alegría por estar ahí gracias a eso, disfrutando como un niño chico —dijo mirándolo como reía con esas chicas continuamente.

—Siempre habrá en mi vida un hueco para ti, siempre y lo de mi amigo no te preocupes, llevo unos meses aguantándolo y esto para él, es como vivir un sueño, con dos, no se vio nunca en una mejor —reí sobre su hombro, mirándolo a lo lejos.

—Te veo esta noche durmiendo solo o, mucho peor, que te eche de la jaima —reía.

—Bueno, imagino que me dejarías un hueco en la tuya, no quiero pensar que me dejaras a la intemperie aquí, en la noche del desierto —hice una mueca, aunque ella no me veía.

—Claro que no te dejaría —soltó una carcajada nerviosa.

—Pues ahora mismo voy a chantajear a esa dos para que esta noche, duerman en mi jaima —bromeé.

—Si lo que quieres es dormir en la mía, no tienes que chantajear a nadie —reía nerviosa.

—Qué alivio, me veía soltando pasta —reí.

—Anoche dormí fatal, no sé si el cansancio del viaje, el frío que hacía, que luego cogí la manta de la otra cama y ya dormí mejor, que tengo un dolor de cabeza.

—Es que hay que dormir con camisetas polares, esta noche te dejo una, traje tres.

—Sí, por favor.

—Vamos a mi jaima, te voy a dar un sobre que te quitará el dolor de cabeza rápido.

—No, tranquilo, se me pasará en un rato.

—¡Vamos! —dije levantándola.

—No te preocupes no soy de las que se le queda el dolor constante.

—Me digas lo que me digas, te lo voy a dar, no te voy a dejar con el dolor.

—Eras médico ¿no? —preguntó bromeando.

—Algo así —reí.

Llegamos a mi jaima y cogí el sobre, lo diluí en una pequeña botella de agua que rellené un poco.

—Arriba, abajo, al centro y para dentro —dije bromeando con la botella, ella se murió de risa y luego se lo tomó—. Échate un rato en la cama.

—No, ahí no, no vaya a ser que necesite venir tu amigo o algo, vamos a la mía.

—Vale, pero vamos, que ese con lo entretenido que está, ni viene, a no ser que las convenza para jugar un poco a los médicos —sonreí, salimos de allí y nos fuimos a la suya.

Se tumbó en la cama y yo me senté a su lado haciéndole un masaje en el cuello para relajar su tensión, cuando me vine a dar cuenta, se había quedado dormida.

Me salí a la puerta a fumar un cigarrillo, la miraba como dormía y me daban ganas de meterme en la cama, desnudarla y pegarla a mí, era tan bonita...

Estuve viendo unos videos de Youtube, en el albergue había wifi, aquello era un resort en pleno desierto, no faltaba detalle, podías tener el confort a la vez que la desconexión que cada uno necesitara.

Un rato después se despertó, me miró sonriente y se acurrucó, me acerqué a ella y me senté a un lado, en el hueco de su barriga, mirándola.

—¿Mejor? —Le acaricié la cara.

—Sí —sonreía acurrucada y me tocó la espalda con cariño—. Échate aquí —me dejó un hueco y me eché frente a ella, poniendo mi mano en su cintura.

—Eres un hombre maravilloso, ejemplo de muchas cosas.

—No digas eso —la abracé.

—Sergio, aunque no estemos juntos quiero que sepas que siempre te voy a querer mucho, que cada día reviso tu foto de wasap y estado por si cambias la foto o el mensaje, quiero verte bien, no quiero verte sufrir.

—No te preocupes por mí —le despejé el pelo de la cara.

—Sí que lo hago, nadie me hizo tan feliz, ni me cuidó tanto.

—Ahora que sé que me revisas el wasap, pondré mil tonterías —sonreí y ella me abrazó con todas sus fuerzas.

—Me quedaría así hasta que volviéramos a Marrakech —dijo con tristeza.

—¿De verdad?

—Claro, Sergio, no sabes lo que me llena abrazarte.

En ese momento algo recorrió mi estómago y un imán me llevó hasta sus labios, no sé si fui yo, ella o los dos, pero nos fundimos en un precioso beso de esos tiernos, lleno de magia.

La cogí y puse encima mía, estaba sonriente, pese a esa tristeza de sus ojos, el brillo le salía estando en contacto conmigo.

Le quité el jersey, hacía calor, yo estaba en camiseta, pero dentro de la jaima y de día estaba pegando el sol. Las cosas del desierto en pleno diciembre...

Seguimos besándonos, jugueteando, mis manos estaban en su espalda por debajo de la camiseta y ella, se rozaba contra mi miembro.

La levanté, me dispuse a desnudarla, algo me decía que lo hiciera, que ella estaba deseándolo tanto como yo, a pesar de respetar sus decisiones me había dicho a mí mismo, que estar en contacto el uno con el otro nos haría feliz y ¿quién era yo para frenar eso?

Se quedó desnuda al igual que yo, con su media sonrisa y esa mirada que hacía arder mi corazón.

No sabía por dónde empezar, quería hacerlo todo a la vez y también con calma, era una diosa ante mí, una frágil diosa que arrancaba todos mis deseos.

Metí mis manos en su nuca y la besé, ahí de pie, con esos besos que tanto nos gustaba.

La eché sobre la cama y me puse entre sus piernas, comencé a besar su cuello, pecho, barriga y me paré en su parte más deseada, comencé a lamerla, a comerla. Ella gemía de placer y yo creí estar tocando el cielo con las manos.

Conseguí que llegara al orgasmo, luego fui a mi cartera donde conservaba dos preservativos desde hacía mucho tiempo, dos, solo dos, sonreí al pensarlo, aunque sabía que Luis tenía más, así

que pensaba disfrutar de ella los dos días que íbamos a pasar allí.

La penetré con cuidado, con cariño y cuando comencé a cabalgar vi cómo le caían las lágrimas.

—No me hagas esto —dije mientras salía y entraba lentamente.

—Es de felicidad, necesitaba este momento —dijo con voz excitada y triste a la vez.

—Yo también, Zaida, yo también.

Lo hicimos entre sus lágrimas y nuestros deseos, caímos abrazados cuando llegué al orgasmo y estuvimos así un buen rato mientras yo la besaba con cariño por toda su cara.

Luego me asee y volví a la cama con ella, no tenía ganas de salir, para comer faltaba un buen rato, solo quería estar con ella, desnudos sobre aquella cama, abrazándola y sintiendo que la tenía ahí.

Estuvimos una hora, llenos de momentos preciosos, caricias, casi en silencio, lo volvimos a hacer por segunda vez, esta vez ella encima de mí, moviéndose de la forma más bella que jamás había visto, aquello era amor, lo que sentíamos el uno por el otro, no era otra cosa más que amor y eso era palpable.

Luego nos vestimos y salimos a tomar algo, nos acercamos a Luis y nos presentó a las dos chicas, eran de Granada, Natalia y Alicia.

Natalia era de lo más divertida y Alicia no se quedaba atrás, congeniaron rápidamente con Zaida, además, a su forma, pero seguro que Luis, las puso un poco al tanto sobre nosotros.

Ellas también llevaban botellas de vino, vimos que no éramos los únicos locos, así que comimos a pie de duna con una botella, Zaida, bajo mi asombro, se tomó una copa, riendo como una niña chica que hacía una travesura. A mí, me daba miedo por si le subía más de lo normal, era evidente que nunca había bebido.

—Esta noche deberíamos de hacer nuestro propio fuego —dijo Natalia.

—Pues sí, pienso lo mismo —dijo Zaida.

—Yo me apunto —respondió Alicia.

—Yo a vuestros pies —bromeo Luis.

—Soy minoría, mi opinión no cuenta, además, lo veo un planazo.

—¿Y las uvas la podríamos tomar?

—Claro, hay en el buffet, esta noche cogemos y a las doce las tomamos como tradición de nuestro país.

—¡Yo me apunto! —me contestó Zaida emocionada.

—Claro —acaricié su mano.

—¿Puedo preguntar algo por curiosidad? —dijo Natalia.

—Por supuesto —respondió Luis.

—Es a Zaida...

—Dime —sonrió.

—Veo que llevas el velo, pero se te puede ver el cabello...

—Lo llevo como tradición y respeto, pero no a rajatabla —sonrió.

—¿Qué pasaría si te lo quitas?

—Nada —rio y se lo quitó dejándolo sobre su falda.

—Vale, vale —dijo Natalia riendo—, pero no hace falta, si lo quieres llevar puesto...

—Tranquila, lo sé —sonrió.

—Pero vamos —intervino Alicia—, a veces los europeos nos quejamos de que lleven las musulmanas el pelo tapado, pero nadie habla de las monjas que lo llevan permanentemente y lo

hacen por respeto, o sea, condenamos a unos y aplaudimos a otros.

—Tienes razón —dijo Natalia aplaudiendo—, no hay diferencia.

—Pues claro, cada uno mira su culo y no se pone en lo de los demás, cada persona debe ser libre para decidir, qué clase de vida llevar —dijo Luis.

—Mira, un hombre con luces —dijo Zaida sonriente.

—Oye que yo...

—Sergio —resopló—, a ti te conozco —reía y produjo una risa en todos.

Estuvimos un rato charlando y luego de la comida comenzamos a tomar té, no nos queríamos beber otra botella, por la noche había que despedir el año y era mejor parar, por lo que decidimos todos ir a descansar a eso de las cinco de la tarde, a las nueve nos volveríamos a ver.

Yo me fui a la jaima de Zaida, antes le robé tres preservativos a Luis, llevaba un cargamento y yo quería tenerlos a mano.

Nos acostamos sin hacer nada, abrazados, ella acurrucada a mí, conseguimos dormir, queríamos estar bien para disfrutar de la noche...

## Capítulo 19



Despertamos de aquella siesta y ella me besó con mucha ternura.

—Vamos a acabar y empezar el año juntos —sonrió.

—Sí, es algo que no me esperaba y que me causa mucha felicidad —le eché el pelo hacia atrás.

—Y a mí —se ahuecó en mi cuello.

—Eres el amor de mi vida, no tengo duda, Sergio —noté que lagrimeaba.

—Zaida —la cogí por la cara y besé —y tú el mío, no sabes hasta qué punto.

Me partía el alma saber que yo lo era también para ella y que, por culpa de pertenecer a culturas diferentes, no pudiéramos hacer una vida en común, me dolía en lo más profundo de mi ser.

Lo volvimos a hacer, la desnudé y entré en ella, su rostro era de felicidad cuando estaba así y yo me sentía con ganas de más, de traspasarla y meterme en su interior por completo.

Luego nos vestimos, me encantó lo guapa que se puso, con unas botas de pelito marrón típica de la nieve, un pantalón verde militar con bolsillos y una camiseta de manga larga en beige por afuera, arriba un jersey del color del pantalón y luego su chaquetón de plumas, estaba preciosa, ese día no se puso el pañuelo.

Salimos donde estaban todos y nos sentamos en nuestra mesa del salón, había mucha gente con cerveza y vino, los músicos animando y bromeando todo el tiempo, el ambiente era precioso.

Natalia y Alicia estaban muertas de risa con Zaida y el vino, ya que esta lo tomaba en un vaso totalmente tupido para no dejar entrever lo que bebía, además, bromeaba sobre ello.

—De esta te volvemos española —dijo Natalia.

—Peor aún, andaluzas —dijo Alicia, mientras lloraba de la risa.

—Os cargáis la poca tradición que me queda —respondió riendo, Zaida.

—Pues yo me vuelvo marroquí —bromeo Luis.

—Ya lo que nos faltaba... —Negué con la cabeza ante la risa de las chicas.

—Este vino está de muerte, normal que lo usen los sacerdotes en las misas —dijo Alicia, muerta de risa.

—¿Este es el que toman? —preguntó Zaida extrañada.

—Sí, de otra marca, pero viendo cómo está el tema, fijo que se lo toman de botellas de cien euros —respondió Luis, bromeando.

—No hablemos de religiones, no hablemos, que creo que no se salva ni una —dijo Natalia.

—Bueno, cambiando de tema... —dije antes de que se desviarán —Lo de las uvas hay que acordarse cuando pasemos al postre, es importante que todos cojamos quince.

—¡Son doce! Ya te sentó mal el vino —dijo Luis, dándome un manotazo en el hombro.

—Y si se estropea o se pierde alguna —resoplé.

—Joder, es verdad que tú piensas —rio.

—Calla, que te meto la cabeza en la harira —bromeé.

—Por favor, ¡cuánto cariño! —bromeó Natalia.

—Se quieren mucho, por lo que veo —dijo con ironía Zaida, que estaba de lo más graciosa con el efecto del vino, miedo me daba.

—Lo quiero más que a mí, como dijo la Pantoja a Julián —dijo provocando una sonrisa en todos menos en Zaida, que nos miraba expectante sin entender nada.

—¿Quién es la Pantoja y el Julián?

—Pues ella es una cantante muy famosa de copla, su marido era torero y murió en una de sus corridas, ella quedó viuda con un niño, luego se enamoró de este alcalde que le salió rana, pero hubo un momento ante las cámaras muy recordado, donde él le preguntaba... “¿Gitana, tú me quieres?” Y ella le respondió... “Más que a mí” —explicaba Natalia y todos llorábamos de la risa.

—Ahora entiendo, pero no le veo el chiste, si estaba con él, se puede a llegar a sentir eso —se encogió de hombros, provocando una carcajada en todos.

—Déjalo, tienes razón, captamos el mensaje de otro modo —dijo Luis, llorando de la risa.

—Pero ¿por qué os reís? Le preguntó si lo quería y ella le dijo algo muy bonito.

Nos miramos todos llorando y no sabiendo ya, que decir.

—A ver Zaida, la broma está en que lo hizo delante de las cámaras —dijo Alicia.

—Pues más bonito aún, más razón tengo en no entender vuestra burla hacia un amor tan bello.

—A ver, eso de tan bello, te digo que no, que la pobre se vio en un lío y digo la pobre por qué yo vi injusta algunas cosas, pero bueno, sin entrar en detalles, es difícil que lo entiendas. Que sí, que fue bonito, pero muy gracioso.

—Pero ¿cómo se le puede ver gracia a algo tan bonito? —preguntó ofendida —A ver si va a ser cierto que los españoles no tenéis corazón —dijo con enfado, dejándonos a todos serios de golpe. Se nos quitó el cachondeo en cero, coma dos.

—Perdona, Zaida, no era nuestra intención, creo que no te transmitimos el por qué, pues no entiendes la situación —dijo Natalia.

—¿¿¿Qué no la entiendo??? —preguntó muy enfadada —El problema lo tenéis ustedes que os la dais de muy gracioso, pero no entendéis nada —sus ojos parecían que se iban a salir de órbitas.

—Zaida —le puse la mano en el codo y se removió deshaciéndose de ella.

—¡No me toques! Y échame otro vino sin que se dé cuenta nadie, que tenéis menos gracia que la hija adoptiva de la Pantoja, esa que no puede ver su tío Agustín y que se fue a varios realty's. A mí me vais a hablar de broma, a mí, que me he quedado con todos ustedes —dijo riendo antes de dar un trago al vino que le acababa de servir.

Soltamos una carcajada de alivio.

—Hija de la gran p.... —dijo Natalia, aguantado sus manos en alto y bromeando por no cogerla del cuello.

—Te has lucido, chavala, te has lucido... —dijo Luis, riendo señalándole con el dedo.

—Sois muy fáciles —rio, volteando los ojos— y el vino ayuda, eso también. Vaya momentazo el de, “gitana tú me quieres” —rio—. Desde aquí veo mucho el canal de Telecinco —sonrió.

—¡Hostias! Eso no me lo esperaba —reía Alicia.

—Pues ya veas, que no soy tan distinta —sacó la lengua.

—Vaya susto nos has dado —dije negando con la cabeza—, yo quería meterme bajo tierra —reí.

—Pues ahí afuera tienes un montón —volteó los ojos.

La cena se puso de lo más divertida, a Zaida ya ni se la creían, cuando bromeaba le contestaban peor. El teatro nos lo hizo tan fuerte, que iba a ser difícil creernos otra obra, no parábamos de reír desde entonces y de beber...

Luego hicimos a pie de duna, una hoguera para los cinco, había varias hechas y la grande donde estaban los músicos, las demás por alrededor, nosotros un poco más apartados.

Las chicas tenían un termo donde habían metido whisky a palo seco y fuimos dándole tragos para entrar en calor, reímos lo que no había en los escritos, además, Zaida estaba que se salía del pellejo, nos hizo reír a todos como jamás recordaba.

Estaba siendo una noche mágica, a las doce se paró todo y un español con los tuaregs, comenzaron a dirigir en bromas las campanadas y no fuimos los únicos con las uvas, era todo el campamento. Fue un momento divertido, tranquilo como el lugar en el que estábamos, algo inolvidable.

Luego nos abrazamos y dimos nuestras felicitaciones, Zaida estaba integrada, disfrutando de nuestra tradición, viviendo todo de una manera de lo más entregada.

El frío era latente, pero la hoguera, el alcohol y las mantas que cogimos, hacían que estuviéramos de lo más cómodos.

Podíamos escuchar a las dunas cantar, emitir sonidos casi como si fueran melodías, el cielo con tantas estrellas era un espectáculo para nuestros ojos.

El momento más bueno fue cuando los tuaregs en un homenaje a España, que era de donde veníamos el mayor número de turistas, se pusieron a cantar y tocar la mítica canción de, “Clavelitos”. Todos lo acompañamos, para asombro mío hasta Zaida. Fue un momento de lo más emocionante y bonito, todos bajo el cielo del desierto, apartados del mundo, de la ciudad, sin más que aquello que nos arropaba, fuera de todo lo material, solo viviendo el momento.

Nos acostamos cerca de las cuatro de la mañana, las niñas se llevaron a Luis, él iba de lo más contento, les prometieron dejarlo dormir en medio de ellas, no me asombraría que se viera envuelto en un trio pues iban de lo lindo, al igual que Zaida...

Entró a la cabaña y comenzó a cantar una canción en árabe, debía ser muy melancólica por el tono y a la vez se iba desnudando, yo estaba sentado con las manos agarradas y apoyadas sobre mis rodillas, en el borde de la cama.

Era preciosa, una muñeca, un cuerpo de lo más bonito y contoneado, era muy sexy, con esos gestos que comenzaban a volverme loco y dejar volar mi imaginación.

Terminó de desnudarse, se vino hacia mí y comenzó a hacer lo mismo, yo la miraba embobada, deseoso de estar dentro de ella, de devorarla a besos, me encantaba ese momento tan sensual y morboso que me estaba dando.

Estaba con el punto del alcohol y eso la hacía soltarse bastante...

Me tiró hacia atrás y comenzó a lamerme, llegó a mi miembro, lo agarró con ganas, con deseos, se lo llevó a la boca y entre sus labios y sus manos me hicieron llegar a ese momento que no pude controlar y salió disparado para todos lados mientras ella decía...

—¡Ahí vaa! —dijo muerta de risa, yo negué con la cabeza sonriendo.

—Voy a lavarme y a poner orden aquí —las sábanas estaban para meterla en la lavadora.

—Esto lo limpio yo con mis toallitas super milagro —fue a por ellas a su neceser.

Me reí mientras me lavaba, estaba como nunca la había visto de desatada, volví y me la encontré tirada en medio de la cama, con las rodillas dobladas, abierta y tocándose el clítoris, me crucé de brazos y comencé a sonreír, reía en flojo mientras negaba con la cabeza y ella me miraba

de lo más feliz.

—Imagino que me dejarás ayudarte...

—No, tú siéntate ahí enfrente y disfruta —dijo en tono seductor y a mí, me daban ganas tirarme encima y comérmela entera.

Pero no, le hice caso y me puse a mirar cómo se tocaba, frente a mí, expuesta, carraspeé y solté el aire, aquello que veía, había hecho subir mi miembro de forma inminente.

Se corrió y gritó que la debieron de escuchar toda la gente que hubiera en las jaimas, pero a ella le daba igual, estaba en su momento.

Fui hasta ella y me tumbé a su lado, poniendo mi mano en su pecho, me volvía loco.

—Me has enseñado tú —comenzó a cantar la canción de Malú—, tú has sido mi maestro para ser así —se señaló a su parte.

—Zaida, mañana te vas a querer morir de la resaca.

—Me da igual, ya me pondrá remedio mi doctor.

—Veremos si tienes remedio... —Volteé los ojos.

Nos besamos y nos quedamos acariciándonos, disfrutando del uno del otro, más tarde lo hicimos y ya caímos redondos, el día había sido de lo más largo y bonito.

## Capítulo 20



—Me muero —fueron las primeras palabras que escuché cuando me levanté.

—Lo sabía —negué riéndome, a mí también me dolía la cabeza un poco.

Miré el móvil y eran las once de la mañana, me levanté y fui a por unos zumos, cuando volví preparé dos sobres y le di uno, luego se bebió el zumo.

—No puedo con mi alma —se volvió a tumbar.

—Yo tampoco, pero a ti te veo peor —levanté la ceja.

—Creo que voy a vomitar —se levantó y salió corriendo hacia fuera y vomitó, echó la vida, eso era tanque de líquido y la cena.

El efecto de la resaca era sobre todo la deshidratación en el cuerpo y eso le estaba pasando a ella, así que intente que bebiera toda el agua posible, además del zumo que le había dado.

Espere a que se viniera a desayunar y le di fruta y huevo, fundamental en esos momentos, más el ibuprofeno que se había tomado, esperaba que se viniera arriba, luego le di un protector de estómago, estaba pálida daba pena verla.

No vi a Luis ni a las chicas, estarían seguro durmiendo, yo me limitaba a mirar a Zaida, mientras intentaba que se rehidratara que era lo único que me importaba.

—No bebo más en mi vida —dijo poniéndose la mano en la frente y la otra en la barriga.

—Ayer estabas imparable y mira que te lo avisé —dije sonriendo en modo regañina.

—Mucho médico, pero no me quitas esto al momento —me sacó la lengua.

—Pero ¿qué quieres que haga? —reí —Te estoy poniendo los medios.

—Pues vaya medios... —Su rostro era de estar librando una batalla.

—Anda, vamos a la cama —cogí fruta, más agua y la llevé hacia la jaima.

Era como un pajarito, no podía con su alma, yo ya estaba relativamente bien, me hizo efecto el sobre, pero a ella le estaba dando bien duro.

La metí en la cama y se acurrucó, la tapé y dejé que se durmiera de nuevo.

A la hora del almuerzo fui a por comida para los dos, la traje a la jaima y la desperté.

Se levantó mejor y hambrienta, cosa que me alegraba, quería que se fuera encontrando mejor y eso fue haciendo.

A las nueve de la noche después de pasar todo el día en la jaima, se duchó, se sintió mejor y nos fuimos a cenar con los chicos, a los que vimos llamándonos desde una mesa, en uno de los salones.

—Qué cara hija —dijo Natalia, mirando a Zaida.

—Me he muerto hoy...

—Si un poquito, pero resucitó —reí negando con la cabeza.

—Calla que, para ser médico, me has jodido todo el día —dijo volteando los ojos y causando una risa en todos.

—El medico bueno soy yo, no estuviste acertada —bromeó Luis.

—Ya veo, no doy una —suspiró.

—Te están poniendo fino —me dijo Alicia.

—Más vale que te calles que te veo cobrando —respondió Natalia.

—Yo no soy una achantada como tú —le sacó la lengua.

—Haya paz que después de la noche que me habéis dado... —dijo Luis.

—¿Qué pasó? —preguntó curiosa Zaida.

—Nada malo —soltó una carcajada Alicia y los tres se miraron.

—Sergio ¿qué te juegas que han hecho un trio?

—Zaida... —reí.

—Pues acertaste —dijo Natalia, mordisqueando la pastela.

—¿Habéis hecho un trio? —preguntó alucinando Zaida.

—Ya sé que eso va contra tu mentalidad, pero la de nosotros es muy calenturienta —bromeo Natalia.

—No me asusto, lo que alucino por este —señalo a Luis—, que está viviendo el desierto con mucha intensidad —rio.

—Y nosotras y nosotras —dijo Alicia riendo.

La cara de Luis era de no haber roto un plato, pero debía de haberse cargado la vajilla entera, yo solo rezaba por qué me hubiera dejado un preservativo para despedirme de Zaida, pues no me quedaba ni uno, eso es lo primero que se me vino a la mente.

Estuvimos luego en las dunas un rato tomando un té y nos despedimos hasta el desayuno, era el último día de todo allí, Luis volvió a dormir con las chicas.

Antes pasé por mi jaima y le robé dos preservativos, al chaval todavía le quedaban, tampoco la había liado tanto.

Me metí en la cama con Zaida y se ahuecó en mi pecho.

—Sergio...

—Dime preciosidad.

—Quiero que me prometas algo...

—A ver, dime...

—Quiero que me prometas que, si en verano no has rehecho tu vida, estarás en un lugar que te voy a decir y pases de nuevo unos días conmigo.

—Si te sirve de consuelo en Semana Santa, tengo toda la semana libre —levanté la ceja.

—¿Eso cuando es?

—En abril, el primer sábado.

—Pues si no estás con nadie quiero que estés esperándome en algún sitio y pases las vacaciones conmigo.

—Vamos, me pongo un cinturón de castidad, no me toca ni Dios ¿Dónde nos vemos?

—Solo te pido que acudas sí estás solo, si sigues pensando en mí, entenderé si no apareces, pero me gustaría volverte a ver, no quiero pensar que esta fue la última vez.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas y por las mías, yo a ella se las secaba con las yemas de mis dedos.

—Estaré donde me digas.

—El primer sábado de abril a las diez de la mañana estaré en Bélgica, el día anterior visitaré la fábrica que me surte, además viajaré con esa excusa, pasaré el día en Bruselas y por la mañana cogeré el tren temprano para Brujas. Te esperaré en el campanario de la plaza mayor llamada *La*

*Grote Markt*, siempre soñé con conocer ese lugar.

—Ahí estaré, no te quepa duda, ahí estaré —la besé y la apoyé sobre mí.

Se produjo un silencio entre nosotros, así nos quedamos dormidos, en nuestra última hora en el desierto y nuestra última noche juntos.

Por la mañana despertamos entre besos, caricias y como no, en un último acto entre dos personas que se atraen y aman sin dudas, a pesar de no poder estar juntos por cosas de la cultura.

Desayunamos con las chicas y nos despedimos de ellas, Luis y yo, nos fuimos con Zaida en un Jeep que nos llevó hasta la puerta que separaba la ciudad del desierto, donde ella tenía su coche.

Comenzamos el retorno a Marrakech, ese punto donde comenzó mi búsqueda y la historia tan bonita y dura con ella.

Lo hicimos bien temprano así que fuimos haciendo paradas para tomar té y comer.

—No se me va a olvidar en la vida este viaje —dijo Luis, desde el asiento de atrás, yo iba conduciendo y Zaida de copiloto.

—Te lo dije —miré por el retrovisor.

—Lo que no me dijiste es que aquí se dormía con dos, como los donuts —soltó una carcajada que provocó la nuestra.

—Aquí y en todos los sitios que haya tres espíritus libres como ustedes —reí.

—¿Y tú, no lo eres? —preguntó Zaida.

—Buena pregunta —decía Luis aplaudiendo y lo miré por el retrovisor con cara de asesino.

—Nunca hice un trio...

—¿No se te dio la oportunidad? —preguntó Luis, con ironía y sonriendo mientras yo lo miraba por el retrovisor.

—Ahora la pregunta buena es tuya —dijo Zaida.

—Pues no se me dio la oportunidad por qué nunca di pie a ello —sonreí —¿Os vale?

—Claro —dijo negando Zaida.

—Bueno, ahora el santo bajado del cielo...

—Luis... —carraspeé.

—Vale, vale, me callo —se puso la mano en la frente y se apoyó en la ventanilla.

—¡Joder! ¿Le tienes amenazado con algo? —preguntó Zaida.

—No, pero que se puede comer una piña, te lo garantizo —bromeé.

Luis tenía un problema, es que era una "lengua larga", sin maldad y bromeando, pero metía la pata.

No es que yo tuviera nada que ocultar, pero era evidente que no quería llevar a malos entendidos, yo respetaba todo lo que hicieran las personas, no digo que yo lo hiciera o no, pero delante de Zaida, prefería obviar algunas bromas para no dar lugar a malos entendidos. Lo último que quería es que se quedara con peliculones en su cabeza por culpa de Luis.

Paramos a comer, era un buffet libre de comida tradicional, una pasada.

—Joder, como voy a echar de menos estas comidas.

—Luis, te lo dije, vuelvo a repetirlo ¿ahora lo entiendes todo?

—Ahora entiendo que una parte de mí, también se queda aquí.

—No veas lo dramáticos que estáis —rio, Zaida.

—Bueno, la verdad es que unos más que otros... —carraspeó.

—Luis hoy te tiro con algo, te juro que duermes con un bollo.

—¿Qué es dormir con un bollo?

Soltamos una carcajada, sabíamos que lo sabía, pero volvía a buscarnos, lo malo es que, a

Luis, le encantaba buscarle la lengua.

—Un bollo es un bollito, creo que me está diciendo que me buscará a una bella joven para dormir conmigo hoy.

—Le meto, te juro que le meto —dijo resoplando.

—Qué carácter hijo...

—Luis, ¡calla y come! —ordené riendo.

—Ya estamos con lo mismo de siempre, el "calla y come" —volteó los ojos.

—Yo alucino con ustedes, sois dos niños chicos.

—¿Yo? —La miré flipando.

—Los dos, tú y él.

—Y te callas —dijo Luis—, que la última palabra siempre la tiene una dama.

—Paso de ustedes... —Comencé a comer por qué me sacaban de nervios, los dos juntos tenían más peligro que MacGyver, con una caja de herramientas.

—Eso, tú come y calla —me soltó con retintín.

—Eso, pero predica con el ejemplo —le hice un guiño.

—Uy, está el tema calentito...

—Nooo —dijimos los dos a la vez.

—No, que va —rio, Zaida.

Lo bueno era que ella tenía un humor de lo más parecido a nosotros, a veces incluso más irónico, cosa que me encantaba.

El resto del camino fue genial, divertido, con paradas, miradas entre Zaida y yo, que hablaban por si solas.

Llegamos a Marrakech y dejamos las cosas en el hotel que estaba más cerca del aeropuerto, Zaida nos esperó abajo, salimos con ella a cenar y a enseñarle la plaza Luis.

—Me muero, esto es peor que la feria de Sevilla, ¡que de gente! —dijo alucinando.

—Vaya comparación chaval —reí.

—Yo quiero ir a esa feria de Sevilla —arqueó la ceja.

—Es después de Semana Santa, si te animas... —Le hice un guiño.

—Si pudiera iría, todo se verá —sonrió con tristeza.

Luis, lo probó todo, los caracoles, pinchitos, zumos, frutos secos caramelizados recién hechos, crepes con nocilla, no le faltó probar nada de lo más relevante de aquel mercado nocturno.

Cuando regresamos al hotel, Luis se adelantó y yo me quedé dentro del coche con ella, le agarré las manos.

—Se muy feliz, pase lo que pase, pon tu felicidad por delante, yo estaré el primer sábado de abril en la plaza mayor de Brujas— la abracé—. Ojalá te vuelva a ver.

—Inshallah —pronunció en árabe, que significaba, "si Dios quiere".

Nos abrazamos muy fuerte y le di un beso rápido antes de bajarme, la dejé allí entre lágrimas y vi cómo se iba con el coche.

Otra vez sin ella, pero agradecido de volver a vivir otra parte de nuestra historia, sabiendo que, si todo marchaba bien y nada se interponía, volveríamos a vernos en abril, en Brujas, para vivir un poco más de nuestra historia.

Me acosté pensando que, si tuviera que vivir toda la vida viéndola en vacaciones y renunciar a una familia, lo firmarí con tal de no dejar de verla nunca. La amaba con toda mi alma, sin duda para mí, tenía claro que era la mujer de mi vida y la única que conseguía hacer que me sintiera completamente feliz.

Esa noche la eché mucho de menos, como hacía mucho que no sentía, era el precio que tenía que pagar por haber removido todas las heridas, pero merecía la pena y estaba dispuesto a vivir este dolor todas las veces que fueran necesarias con tal de volver a verla una y otra vez.

Por la mañana temprano, pusimos rumbo hacia Sevilla, en un par de días me incorporaría, Luis al día siguiente.

Nos despedimos en la puerta de su casa que paró el taxi primero, luego me fui a la mía, en la que sentí el vacío nada más entrar, mi cabeza giraba de forma obsesionada en torno a Zaida, esa mujer que era la que me hacía sonreír la que me hacía vivir los momentos más increíbles de mi vida, esa mujer que era mi todo.

# Capítulo 21



Todo ese tiempo llevaba puesta una pulsera de cuero que le quité en el desierto y me puse, no se la devolví ni ella me la pidió, la quería tener conmigo, como ella tenía ese pañuelo que le regalé la primera vez que estuve en Marrakech y que había llevado esta última vez al desierto.

Los días fueron pasando y miraba mucho su wasap, era preciosa, ponía unas fotos de su rostro que eran impresionantes, no había mañana o noche que no mirara por sí había algún cambio.

Yo también iba cambiando mi foto de mil maneras, en el fondo tenía la necesidad de que me viera, sobre todo, después de ella haberse sincerado y me hubiera dicho que lo hacía cada día.

Cambiaba mis estados por reflexiones, por mensajes que iban directos para ella, con trozos de canciones, con mil cosas que quería transmitir en una sola frase, ese era mi propósito, que no se olvidara de lo que sentía hacía mí.

Jamás había vuelto a hablar con ella, mis guardias las hacía día sí y día también, iba acumulando vacaciones por sí algún día las necesitaba, en el fondo esperaba algo, un milagro, que el universo conspirara para unirnos, no sé, algo que me llevara a estar más tiempo con ella.

Esos meses habían sido duro, ya faltaba dos días para ese encuentro con ella en Brujas. Hacía por lo menos quince días que ella no había cambiado su estado y eso me preocupaba, pero imaginaba que, si no podía ir, iba a decírmelo de alguna manera, aunque prefería que ese hecho no se diera, porque me mataría...

Preparé todo para ese viaje, iba a salir al día siguiente por la noche, así que llegaría, me alojaría y por la mañana saldría a su encuentro.

Le había comprado un par de regalos muy especiales a Zaida, tenía ganas de dárselos que tuviera algo más que ese pañuelo, algo más personal, algo que le durara toda la vida.

Yo seguía con mi pulsera puesta, era parte de mí y no quería quitármela por nada del mundo.

Me costó esa noche mucho coger el sueño, quería estar ya en Brujas, en el hotel, pasando mi primera noche antes de verla, pero eso sería al día siguiente, ese que pasó tan lento...

Por fin estaba en el avión con destino al aeropuerto más cercano a Brujas. Tenía los nervios a flor de piel, el corazón palpitando a mil por hora y los deseos a punto de explotar.

Aterricé y un taxi me llevó al centro de Brujas, un hotel a unos metros de la plaza mayor donde sería nuestro encuentro.

Bajé a tomar un vino después de dejar las cosas en la habitación, aquello parecía de cuento, estaba lleno de vida, de gente, todo puesto meticulosamente, cada tienda, cafetería, escaparates, todo cuidado al mínimo detalle.

Me fumé dos cigarrillos en esa terraza, viendo a la gente ir y venir ¿estaría ya allí? ¿iría a primera hora como dijo? Lo que tenía claro o eso quería pensar es que ya estaba en Bélgica, en Bruselas para ser más exactos.

Después de tomar dos vinos me fui a pasear, la noche estaba buena, algo fresca, pero se podía

aguantar bien, no quería meterme en la cama y volverme loco con los nervios y pensamientos sobre ese encuentro que se produciría en pocas horas.

Me compre unos buñuelos, estaba haciendo un rebujo en mi estómago que como todo estallara me iba a poner bueno, era lo malo de los nervios, que me daba por comer todo lo que iba pillando.

La ciudad era pequeña pero preciosa, increíblemente preciosa y eso que era de noche, pero la iluminación y todo lo que iba viendo era un espectáculo para los ojos, impresionante, además de ser una ciudad de lo más romántica.

Al ser viernes por la noche, estaba mucho más animada de lo que normalmente ya estaba, tenía un encanto espectacular.

Como me repetí en varias ocasiones desde que puse el pie allí, aquello era un verdadero cuento de hadas, cualquier rincón era una maravilla y el centro estaba lleno de bares con un encanto especial, donde eran característicos las cervezas belgas, que por lo que había leído tenían gran variedad.

Tenía ganas de pasear por todo aquello de la mano de Zaida, vivir ese lugar, compartir y sumar momentos, abrazarla, besarla, escucharla. Necesitaba todo eso de lo que ella me aportaba, pero en aquel nuevo lugar, donde nadie nos conocía y podíamos vivir nuestra historia sin escondernos por ser vistos de la mano o abrazados.

Me recogí sobre la una de la madrugada, después de pasear y pasear y tomar algún que otro vino, me metí en la cama y miré su wasap, había cambiado la foto y salía con una sonrisa preciosa ¿sería un mensaje?

No era muy común verla sonreír de esa manera en una foto de su estado y eso me hizo muy feliz, algo me decía que sí, se trataba de un mensaje y me puse más nervioso aún y con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Sería consciente de las sensaciones que causaba en mí? Siempre me preguntaba lo mismo, por un lado, tenía claro que Zaida, sabía de qué punto.

Algo que temí todo este tiempo era que se le cruzara un hombre en su camino y se olvidara de mí, tenía tanto miedo a no volverla a ver, que era una de las cosas que me volvían loco.

Ya empezaba a darle vueltas a la cabeza y quería dormir, dormir y despertar para ir al encuentro de ella, abrazarla, era lo que más deseaba, sentirla en mis brazos. Era algo que podía conmigo, olerla, sentirla, apretarla fuerte, la necesitaba y mucho, más de lo que nunca imaginé haber necesitado a alguien en mi vida y con ella lo tenía claro, era el motor de mi sonrisa y la tranquilidad de mi corazón. La necesitaba para respirar.

## Capítulo 22



Ocho de la mañana y en planta...

Lo peor era que aún faltaban dos horas para el encuentro, así que me duché tranquilamente y salí a desayunar a la terraza de un bar sobre las nueve de la mañana, había hecho tiempo en la habitación, pero ya me subía por las paredes.

Me pedí un desayuno que vi en la carta con foto y se veía muy suculento y yo con los nervios, me faltaba comida para ingerir.

—Yo también estoy hambrienta —dijo una voz conocida que hizo que mirara hacia arriba.

—Zaida... —Me levanté rápidamente —¿Qué haces aquí tan temprano? —La abracé con todas mis ganas, no llevaba su velo.

—Acabo de llegar, iba a desayunar para hacer tiempo, te recuerdo que tú tienes hotel, yo no.

—Lo tienes conmigo, preciosa —sonreí y le coloqué a un lado la maleta—. Siéntate —le aparté la silla —¿Como estas?

—Cansada —suspiró—. Ayer tuve varias reuniones para cerrar la liquidación, tengo mucho que contarte, viajé anoche, dormí en Bruselas y esta mañana cogí el tren.

—Soy todo oídos —se acercó el camarero y le pedí que trajera más zumo y café, de lo demás aquello era un banquete y valía para los dos —¿Pero no tenías que hacer las cosas en Bruselas?

—Ya no —volteó los ojos.

—¿Y eso...?

—Vendí la tienda a Fátima, con el local y todo lo que era mío.

—No entiendo... ¿Qué me he perdido?

—Mucho, te has perdido mucho —volteó los ojos y me cogió la mano y la apretó en señal de felicidad por verme.

—Pues quiero que me pongas al tanto de todo.

—Llevo viviendo sola un mes —sonrió.

—¿Y eso? ¿Dónde?

—En el piso que tu cogiste en Marrakech.

—¿Y tu tía?

—Mi tía me defraudó y mucho, quería dejarme a sus hijos para irse a vivir con un francés que había conocido, así de asqueroso, no por enamorarse de nuevo, es por haber limitado mi vida y ahora hacer eso. Le dije que no me quedaba sus hijos por mucho que los quisiera, esos eran su responsabilidad y más después de lo que permitió —yo no salía de mi asombro, no me podía quitar la mano de la boca mientras me apoyaba sobre la silla—. El francés vive en Marrakech, pero era asqueroso querer dejar en la casa conmigo a los niños y ella irse tan campante sin importarle ahora, todos esos valores que decía que no había que perder.

—¿Y qué pasó?

—Vendimos la casa, una parte era mía y otra de ella, esa casa era la planta baja de mis padres.

—Entiendo...

—Cogí mi parte que no es mucho treinta mil euros, pero más los veinte mil de la venta de mi tienda, tengo para empezar una nueva vida —dijo con tristeza.

—¿Y cómo quieres tú nueva vida?

—Fuera de mi país, cerca de ti —comenzó a llorar y le agarré las manos.

—Te vienes a vivir conmigo —dije con total seguridad.

—No quiero interferir en tu vida de esa manera, puedo alquilar un piso en Sevilla y buscar trabajo o montar algo.

—Zaida, si quieres estar conmigo y empezar una nueva vida, hazlo a mi lado, luchemos por nuestros sentimientos, no me digas que no. No me hagas pensar que no eran los demás los que nos separaban.

—No digas eso, lo hago por ti, mi decisión no tiene por qué obligarte a meter en tu casa y en tu vida, a alguien por el simple hecho de haber dejado una vida detrás.

—Zaida, el venirte conmigo no es por ayudarte, es porque quiero compartir mi vida contigo, quiero no tener que separarme de ti, construir una familia y una vida juntos. Por favor, vente a vivir conmigo.

—Lo deseo con toda mi alma —rompió más a llorar, me puse a su lado de cuclillas y la abracé.

—No tengas miedo por nada, no permitas que nada ni nadie nos vuelva a separar.

—Eres lo que más amo de este mundo, eres todo lo que quiero para ser feliz.

—Pues no lo pienses, vente conmigo, es más, no te lo pregunto, te lo afirmo y decido por los dos. No nos separaremos más.

—Gracias —me abrazó con fuerzas.

—¿Y tus cosas dónde están?

—En el apartamento, aún lo tengo hasta final de mes pagado.

—Iremos por todo antes de regresar a Sevilla, estaremos aquí dos días, compraré unos billetes y recogeremos tus cosas.

—Vale —lloraba emocionada.

Me senté de nuevo y di un trago al zumo, me encendí un cigarro, al final a lo tonto el paquete caía de vez en cuando.

—No sabes lo feliz que estoy, no te lo imaginas —dije apretando su mano por encima de la mesa.

En esos momentos tenía una sensación que embargaba mi alma, ganas de chillar, ganas de contarle al mundo que era la mujer de mi vida, de luchar porque nada nos volviera a separar, ganas de ella, de crear ese mundo que tanto había soñado.

Después del desayuno fuimos al hotel a dejar su maleta, la abracé allí intensamente, la devoré a besos y lo hicimos de la manera más fogosa y deseada del mundo. Ella disfrutaba conmigo y eso me hacía sentir que todo estaba en nuestras manos, su cara, su mirada, era todo lo que nos envolvía.

Salimos agarrados de la mano, yo le llevaba unos regalos, pero no se los iba a dar hasta la noche en la cena, aquella noticia había cambiado mis planes, quería dárselo diciendo unas palabras que con lo acontecido cambiaban el rumbo, así que ahora sería de otra manera.

—No te imaginas las ganas que tenía de que llegara este momento, hacía varios días que ya estaba con las ansias, estuve a punto de aparecer por Sevilla.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Volteé los ojos.

—No sabes las veces que lo pensé.

—Pues deberías de haberlo hecho...

—Tenía muchos miedos, muchas cosas en mi cabeza, fue todo un shock, realmente me partió el alma, el egoísmo de mi tía.

—Lo imagino... —la pegué a mí.

—Tenía la sensación de haberlo perdido todo, mi familia, esa que siempre me recordaba día a día, como tenía que encaminar mi vida, esa que ahora eran ellos después de privarme de mi felicidad, que hacían todo eso que, a mí, me negaron. Bueno en realidad ella, si mi tío levantara la cabeza, la volvía a meter bajo tierra.

—Olvida el pasado, estamos aquí, créeme que no sentirás jamás que alguien te dice como debes o no actuar, que puedes o no puedes hacer, tú mandas sobre ti y nadie debe ponerte límites.

Paseamos todo el día, comimos, me sentía que lo tenía todo, pero a la vez, sentía miedo de que aquello fuera un sueño y todo quedara en nada.

Volvimos al hotel a ducharnos, primero yo y luego ella, la necesitaba encerrada para preparar lo que quería.

Llegó la cena, ella no lo sabía, la prepararon en la pequeña terraza con una vela en el centro.

Cuando Zaida salió del baño con la toalla liada y vio todo, se puso las manos en la boca.

—¡Qué bonito! —miraba incrédula la mesa —Miedo me da ver esa botella de vino.

—Tranquila, te controlaré —sonreí—Ven, quiero darte unas cosas.

—No entiendo... —dijo siguiéndome.

—Calla, impaciente —saqué la bolsita que contenía los dos regalos—. Toma, quiero que sepas que lo compré para dártelo y que tuvieras algo más personal que el pañuelo y que lo tuvieras para siempre, que pasara lo que pasara, te acordaras de mí al verlo. Ahora quiero que sea eso que te pongas cuando quieras y que conserves de recuerdo de este viaje, aunque lo compré en España. Pero que sea el primero de muchos regalos con los que te colmaré toda la vida, esa que espero y deseo que pasemos juntos.

—Al carajo, como decís ustedes, ya me hiciste llorar —me abrazó—. Me hace muy feliz que te hayas acordado de mí, que me hayas hecho esto, pero mi mayor regalo y máspreciado, eres tú.

Abrió las cajas que contenía la bolsa y lloró, lloró emocionada a ver la cadena de oro con un colgante de la Giralda, además de una pulsera también de oro con colgantes de los monumentos y cosas más importantes de mi ciudad.

—Trae, te lo pongo.

Le puse la pulsera y el colgante, ella lloraba emocionada, se quitó la toalla y se puso una camiseta, me abrazó emocionada, se miró al espejo para verse, estaba feliz y agradecida.

La cena fue preciosa, al igual que el siguiente día que nos hartamos de pasear y comprar cosas de recuerdo para la casa. Ella estaba muy preocupada por colarse ahora en mi vida, de repente y yo estaba que no cabía en mí de felicidad.

Aterrizamos en Marrakech...

Esa vez volvía con fuerza, sin miedo, de su mano, sin temer nada, sabía que pasara lo que pasara ella se vendría a Sevilla conmigo. Jamás la vi tan segura y arrepentida de no haber plantado cara antes a su familia.

Entramos al piso, ahora estaban ahí sus cosas, en ese apartamento que me acogió una parte de mi primera estancia en el país.

Era por la mañana, habíamos cogido un vuelo bien temprano, así que salimos a desayunar

después de dejar las cosas, lo hicimos en el bar de abajo con Fátima, que nos recibió loca de contenta, ella apostaba por nosotros y, sobre todo, por la felicidad de Zaida.

Le enseñó la pulsera y el colgante, eran como dos niñas pequeñas, pero me encantaba percibir esa complicidad entre ellas.

Luego nos fuimos a pasear, comimos en un restaurante típico y muy bonito de un hotel de lujo, ella estaba feliz, la veía todo el tiempo sonriendo, con ese brillo en la mirada al mirarme y esa luz que tanto me gustaba de ella.

Por la noche estuvimos paseando por la plaza, parando por los puestos que tantas veces recorrimos hace tiempo y que recordaríamos cuando estuviéramos en Sevilla. Llegamos al piso reventados de estar todo el día callejeando por aquellos lugares.

—Voy a echar de menos mi tierra, pero sé que estando a tu lado, seré la mujer más feliz del mundo— dijo abrazándome, ya acostados.

—Te prometo, que nunca, te arrepentirás de tu decisión. Viviremos felices y siempre te cuidaré. Eres el amor de mi vida y el destino nos tenía predestinados a estar juntos. Siempre que quieras, volveremos aquí, yo también amo esta tierra y podemos venir en vacaciones. Esa noche dormimos abrazados.

Al día siguiente preparamos todo en maletas, pasamos el día empacando, llevábamos cuatro maletas a reventar, más dos de mano, íbamos a tope, por la mañana cogeríamos el vuelo hacia Sevilla, a comenzar una nueva vida juntos, sin que nadie nos separara, pasearíamos cogidos de la mano y la besaría siempre que quisiera en plena calle. Después de un calvario para ambos, ahí estábamos, a punto de tomar un vuelo que nos llevaría hacia la felicidad...

# Epílogo



Habían pasado seis años...

—Paso de él —dijo cogiendo el té que le había llevado a pie de duna, donde jugaba con Sergio, nuestro hijo de cinco años.

—Déjalo, quiere jugar, no le va a pasar nada en la arena —volteé los ojos sonriendo.

—No es eso, pero seguro que sale corriendo y se aleja y cualquiera va a por él —negó con la cabeza.

—Eres muy exagerada, estás obsesionada con él —reí mientras la abrazaba.

Así era, toda una madraza volcada con nuestro hijo...

La llegada de nosotros a Sevilla cuando se vino conmigo tras el viaje de Bélgica, marcó un antes y un después en nuestras vidas.

Comenzamos una preciosa vida en común con unos sentimientos que se acrecentaron más con el tiempo, cosa que creíamos imposible, pero era cierto.

Mis padres la adoraban, la tomaron como esa hija que nunca habían tenido y estaban locos de contentos con ella.

A los seis meses nos casamos por lo civil, en una preciosa boda y una celebración con mi familia y amigos más íntimos, incluida Fátima, que vino desde Marruecos, para no perderse la boda de su mejor amiga.

Luis se enamoró de Natalia, una de las granadinas que conoció en el desierto y con la que ahora tenía dos hijos. Ella se vino a Sevilla, a vivir con él y era uña y carne con Zaida, se hicieron muy amigas y cómplices.

Zaida se quedó embarazada poco después de la boda, la verdad es que lo buscamos, ella quería trabajar, pero por una cosa u otra, se quedó en casa feliz disfrutando y cuidando de nuestro pequeño. A mí, decidiera lo que decidiera, siempre iba a tener mi apoyo.

Dejó de usar el velo, solo se lo ponía en contadas ocasiones cuando hacía frío cosa que me hacía mucha gracia.

Estábamos ese día en el desierto, habíamos ido a pasar el Fin de Año con el niño. Desde que nos fuimos de allí, nunca regresamos al país, así que este año decidimos hacerlo, estuvimos unos días en Marrakech y luego queríamos despedir el año en este lugar tan especial para nosotros. Era un lugar que nos traía preciosos recuerdos y queríamos que nuestro hijo conociera la tierra de su madre.

Habíamos cenado en nochebuena con mis padres, eso no podía fallar, le daban algo, así que, al día siguiente, fue cuando nos vinimos para Marruecos.

Desde que habíamos vuelto, todo me recordó a aquellos momentos vividos, los olores, sabores. Casi todo lo había perdido a lo largo de ese tiempo y recordarlos me hizo sentir y mover muchas cosas que habían sucedido en ese tiempo que comenzó mi búsqueda de Zaida.

Esa noche junto a la hoguera, ella estaba con Sergio en su regazo tapado con una manta, ya habíamos cenado y estábamos esperando para despedir el año, con las uvas en las manos.

La tomamos y me besó...

—Felicidades, mi amor —sonrió en plan misteriosa.

—Igualmente cariño ¿Y esa sonrisa?

—Tengo una sorpresa y te la quería dar aquí y en este momento.

—No entiendo... —Arqueé la ceja y miró al pequeño.

—Este año dejará de ser hijo único, estamos esperando el segundo —dijo emocionada.

—Zaida... ¿Estás embarazada?

—Sí —dijo llorando de felicidad y la abracé.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo estaba sospechando, pero en Marrakech, me hice dos Predictor —se le saltaron las lágrimas y a mí también.

Mi sueño era tener dos o tres hijos, en esos momentos me sentí el hombre más dichoso del mundo, con mi familia, con la mujer que más amaba, con mi pequeño Sergio y con el que venía en camino. No podía pedir más a la vida.

El destino puso en mi camino a una mujer de otro país y cultura, sin pensar que aquello, pondría mi mundo del revés. Nunca sabes donde estará tu felicidad, la mía estuvo en una tierra maravillosa y mágica. Mi búsqueda por Zaida empezó en una aventura que me arrastró a un mundo que se convertiría en el mío, en cierto modo. Una parte de mí, se quedó en aquel país, pero lo mejor de aquel lugar, estaba a mi lado, una mujer que cruzó un día la mirada conmigo y nunca más pudimos separarnos el uno del otro, convirtiéndonos en una familia junto a nuestro hijo y ahora con otro en camino. Eso era la felicidad...